

Selección

TERROR

LOU CARRIGAN

EN ESTADO DE MUERTE


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

389 — Diario escrito en la tumba, *Clark Carrados*.
390 — Cazadores de fantasmas, *Joseph Berna*.
391 — ¡Morded, vampiros, morded!, *Joseph Berna*.
392 — La muerte tiene ojos, *Ada Coretti*.
393 — El final del miedo, *Clark Carrados*.

LOU CARRIGAN

EN ESTADO DE MUERTE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 394
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 23.254 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: setiembre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Durante el vuelo París-Nueva York. Carol Singleton había estado recordando continuamente sus momentos de amor con Virgil Crawens.

¡Todo había sido tan sorprendente...!

Había momentos en que creía que todo había sido un sueño, que no había sucedido en realidad. Pero en seguida recordaba otros momentos, aquellos en que ambos se habían entregado uno al otro como si... como si sus vidas fueran solamente eso: amarse emocional y sexualmente.

¡Y pensar que una semana antes ni siquiera sabía que él existía! Le parecía gracioso. Una semana antes no conocía a Virgil Crawens, y ahora, cumplida la misión que la había llevado a ponerse en contacto con él, regresaba enamorada y entregada totalmente a aquel hombre.

Por cierto que no estaba arrepentida. Absorta en su asiento del reactor que cruzaba el Atlántico. Carol Singleton se había estremecido en varias ocasiones recordando aquellos momentos con Virgil, sentía como una corriente en sus muslos cuando recordaba cómo él se abrazaba a ella cuando se habían unido sexualmente, y casi creía percibir, allí mismo, sentada en el avión, el intenso y prolongado placer que los unía en fuertes abrazos...

Había sido una tonta en regresar sola. Podía perfectamente haberlo esperado después de cumplir su misión con él de convencerle, Pero, realmente, él tenía que resolver algunos asuntos en Europa antes de regresar, y ella estaba deseando informar en la Casa Blanca de que todo había ido bien, y que...

—Señorita Singleton.

Carol parpadeó, y alzó la cabeza, mirando hacia el pasillo del avión.

—¿Sí?

La azafata sonrió con cortesía, pero desconcertada.

—Hemos llegado —dijo—. Estamos en tierra. Los pasajeros están desembarcando.

Carol lanzó una exclamación. ¿Cómo había podido abstraerse tanto en los recuerdos? Bueno, la respuesta era muy sencilla: eran recuerdos hermosos. En aquellos momentos, a Carol Singleton le parecía que todo era hermoso.

Se puso en pie, sonriendo.

—Gracias... ¡Estaba todavía en las nubes! —rió.

La azafata sonrió, y se apartó de junto al asiento. Unos minutos más tarde, la bella pasajera había cumplimentado los trámites de llegada, y tras colocarse unas gafas de cristales oscuros recorría el vestíbulo del aeropuerto Kennedy llevando sólo una pequeña maleta y un todavía más pequeño maletín de viaje.

Tenía un apartamento en Nueva York, a pesar de que casi siempre estaba trabajando en Washington, dado su empleo. De todos modos, no estaba demasiado ligada, podía ir y venir cuando quería. Claro que si Virgil volvía a instalarse en Washington, ella se quedaría allí con él... ¡Naturalmente! Bueno,

conservaría el apartamento de Nueva York, de todos modos. Pasaría la noche en él, y al día siguiente tomaría otro avión hacia Washington...

Vio acercarse al hombre, y por puro instinto, se puso en guardia. Era un hombre normal y corriente, de estatura mediana, rostro vulgar, ropas corrientes. Ni siquiera parecía peligroso, y hasta se diría, a juzgar por su expresión, que intentaba parecer amable. Aunque quizá no fuese a abordarla a ella, tal como creía...

Pero no, no se había equivocado.

El hombre se detuvo ante ella, y preguntó:

—¿Señorita Singleton?

Era una tontería negarlo, aunque llevase aquellas absurdas gafas negras. Así que Carol asintió, murmurando:

—En efecto.

—Sea tan amable de seguirme, por favor. Permítame su maleta.

Carol apartó la maleta cuando el hombre quiso hacerse cargo de ella. Remotamente, pensó en alguna jugada de espionaje tramada en alguna parte que no podía sospechar. Y aquí, sí, aquí sí que Carol Singleton estaba lejos, muy lejos de sospechar lo que le iba a ocurrir...

—Un momento — dijo con firmeza—. No le conozco a usted, señor, y salvo que me dé una explicación convincente, no pienso acompañarle.

El hombre sonrió, entre divertido y levemente irritado, le pareció a Carol. Dijo:

—Le daré una explicación que usted comprenderá en seguida, con su clara inteligencia: a partir de este momento es usted el Sujeto Experimental Transvital U.S.A. 17.

—¿Qué dice? —se pasmó ella.

—Para abreviar, será designada como U.S.A. 17 nada más. Pero el nombre completo sería el que he mencionado. ¿Me permite su maleta, por favor? —insistió el hombre.

—Oiga... ¿es una broma?

—No. Mi nombre es Kramer, y estoy cumpliendo con mucho gusto la orden de comportarme amablemente con usted. Hay cerca de nosotros tres compañeros míos que tienen la misma orden. Pero, gozamos de un margen de confianza por parte de nuestro jefe para comportarnos de otro modo si las circunstancias lo exigen. ¿Lo ha comprendido?

—Sí, pero...

—Escuche, U.S.A. 17: no queremos perder el tiempo ni llamar demasiado la atención, de modo que terminemos con esto. Venga conmigo, o pronto habrá desgracias que lamentar. Si debido a la actitud de usted tenemos dificultades, mis compañeros empezarán a disparar. ¡No me diga que no entiende esto!

La Sujeto Experimental Transvital U.S.A. 17 parpadeó, y miró luego alrededor. Lo de siempre, lo normal: hombres, mujeres, niños... Gente pacífica que iba o venía. Mucha gente. Cualquier bala perdida podía ocasionar

una muerte. Varias balas, varias muertes. O heridos, o lesiones permanentes: la pérdida de un ojo, una amputación brutal, una herida de la que jamás se conseguiría la total recuperación...

—Está bien —murmuró U.S.A. 17—: iré con usted. Kramer.

—Estupendo. ¿Su maleta?

Ella le tendió la maleta. Salieron del edificio del aeropuerto sin que hubiese visto de modo que destacasen a los tres compañeros de Kramer. Un automóvil se acercó, se detuvo ante ellos. Kramer abrió la portezuela de atrás, y U.S.A. 17 entró en el coche.

Mientras Kramer colocaba la maleta en el portamaletas, aparecieron dos hombres más, vulgares hasta lo anodino. Uno de ellos se sentó junto al conductor, que se había vuelto a mirar a su hermosa pasajera. El otro se sentó junto a ésta. Cuando Kramer se sentó, también atrás. U.S.A. 17 quedó entre los dos hombres.

—Vámonos, Dinger —dijo Kramer.

El automóvil reanudó su marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó U.S.A. 17.

—Va a tener usted el honor de formar parte del personal experimental de Herr Doktor.

—¿De quién? ¿De qué Doctor?

—Del Doctor Wernergruber.

—Me parece que no conozco a ese caballero.

—Pero él sí la conoce a usted, y la ha incluido en la esfera de su estimación.

—¿Por qué motivo?

—Ya tendrá ocasión de hablar con Herr Doktor, y él se lo explicará todo. No debe usted temer nada de nosotros. U.S.A. 17.

—Me gustaría estar segura de eso.

—El Doctor Wernergruber la tiene en muy alto concepto. Y es un hombre muy inteligente: cuando consigue especímenes de la categoría de usted sabe tratarlos adecuadamente.

—¿Yo soy un... espécimen? —Alzó las cejas U.S.A.17—. ¡Habla de mí como si fuese... un sujeto de laboratorio!

Kramer la miró sonriente, y no contestó. U.S.A.17 frunció el ceño. Durante un par de minutos estuvieron viajando en silencio. El coche se cruzaba con otros muchos en la autopista. Pero pronto salió de ésta.

—¿No puedo saber adónde vamos? —insistió U.S.A.17.

—Por el momento, no. Hasta que haya sido sometida a prueba no podremos confiar plenamente en usted, lo siento.

—¿Qué prueba?

De nuevo se quedó sin respuesta. Poco después cruzaban el puente del Bronx. El vehículo continuó viaje hacia el Norte. Los límites de Nueva York quedaron atrás. Pasaron cerca del desvío que conducía a New Rochélle, dejaron atrás esta población. Una indicación informaba sobre el hecho de que

estaban circulando por la Estatal 15.

—Si seguimos así —murmuró U.S.A.17— vamos a cruzar la frontera con el Estado de Connecticut, lo cual implica que van a cometer un delito federal: secuestro con cruce de frontera estatal.

—En primer lugar —informó amablemente Kramer—, no tememos al F.B.I. Y en segundo lugar, no la estamos secuestrando, sino invitando a una entrevista con una persona excepcional que la colocará a usted definitivamente en el camino de la Verdad.

—¿Cuál verdad?

—La Verdad de la Vida. La Muerte y la Bondad.

U.S.A.17 suspiró resignada. Había árboles a ambos lados de la carretera. La circulación era ahora escasa. Kramer sacó de un bolsillo un pequeño frasco de cristal en el que había pequeñas píldoras oblongas de color rosa. Sacó una de ellas, y la ofreció en la palma de la mano a su «invitada».

—Sea tan amable de ingerir esto —pidió.

Ella miró con desconfianza la píldora.

—¿Qué es? —preguntó.

—Un dulce somnífero inofensivo. Dormirá usted tres horas, y despertará sin molestia alguna. Sólo se trata de que cuando despierte no sepa usted si hemos estado viajando esas tres horas o nos habremos detenido dentro de cinco minutos.

—Lo que significa que cuando despierte no quieren que tenga la menor idea respecto al lugar donde estaré entonces.

—Exactamente. Eso es todo, se lo aseguro.

—¿Y si no quiero tomar la píldora?

Kramer se quedó mirándola pasmado, y lo mismo el otro sujeto que ¡ha junto a ella. El que iba junto al chófer se volvió, para mirarla no menos asombrado. U.S.A.I7 comprendió: podía tomar la píldora voluntariamente o bien obligarles a ellos a forzarla a ingerirla fuese como fuese. La alternativa de una escaramuza dentro del coche no parecía nada atractiva, así que U.S.A.I7 tomó la píldora, la introdujo en su boca, y la ingirió.

Tan sólo quince o veinte segundos más tarde comenzó a sentir la dulce somnolencia. Luego, le pareció que flotaba muy suavemente. Después, tuvo la sensación de que su cabeza describía un millón de vueltas en una millonésima de segundo, y eso fue todo.

Absurdo modo de morir.

* * *

Pero no murió.

Despertó apaciblemente, sin molestias de ninguna clase. Simplemente, abrió los ojos.

En seguida vio a aquellos hombres, sentados en varios sillones cerca de ella. Todos inmóviles completamente, con los ojos abiertos débilmente, las

manos sobre las rodillas. Todos estaban pálidos, parecían tener sus rostros untados de cera.

El silencio era de muerte.

Y de pronto. U.S.A. 17 se puso en pie de un salto, ahogando una exclamación. ¡Claro que el silencio era de muerte! ¡Por la razón de que todos aquellos hombres estaban muertos!

Los fue mirando rápidamente. Parecían... de cera, sí. Un violento escalofrío recorrió el cuerpo de la «invitada». ¿Qué significaba aquello? ¿Qué hacían aquellos cadáveres allí sentados como... como si se quisiera dar la sensación de que estaban vivos?

Miró alrededor. Se hallaba en una sala grande, de paredes desnudas. Sólo había sillones y muertos sentados. Hacía frío. Un frío que pareció de pronto penetrar hasta los huesos de U.S.A.17. Cerró los ojos. Ante todo, tenía que conservar la serenidad. Estuvo así unos segundos.

Cuando abrió los ojos, todo seguía igual. Es decir, que no era una pesadilla, sino una realidad. Se acercó a uno de los cadáveres, y tocó cuidadosamente su frente, que estaba fría. Al retirar la mano, vio la inscripción en la frente del cadáver: U.S.A.9. Parpadeó.

U.S.A.9 estaba muerto.

¿Significaba esto que más adelante le tocaría el turno a ella, a U.S.A.17? Se acercó a otro cadáver. También tenía una inscripción en la frente: U.S.A.4. El más cercano a éste era un hombre de raza china. En su frente había la inscripción AS-6. Otro sujeto, de rasgos latinos, mostraba en su frente la sigla AM-2.

Cuando se detuvo ante el siguiente se quedó mirando sorprendida la amplia frente, en la que no había inscripción alguna. Era un sujeto de unos cincuenta años, delgado, de cabeza casi desproporcionada, de frente amplísima, rasgos inteligentes, delicados.

Los párpados de este sujeto se alzaron, y los claros ojos se clavaron en la invitada.

Su boca se movió:

—Sea bienvenida a la Morada Celestial. U.S.A.17.

El sobresalto de U.S.A.17 fue tremendo. Lanzó una exclamación y saltó hacia atrás, palideciendo. Se quedó mirando al extraño personaje, que mostró una suave sonrisa.

—No debe asustarse: yo no estoy aletargado, sino tan despierto como usted.

De nuevo cerró los ojos U.S.A.I7. Aspiró hondo. ¿Aletargado? Abrió los ojos, y miró de nuevo aquellos cadáveres.

—¿Quiere decir que ellos no están muertos? —susurró.

—Sólo transitoriamente. Volverán a sus constantes vitales j cuando los necesitemos.

Carol se pasó una mano por la cara. Estaba fría.

—¿Es usted el doctor Wernergruber? —preguntó.

—En efecto —el hombre se puso en pie, y tendió la diestra—. Es un placer conocerla personalmente, señorita Singleton... Oh, perdón: sólo U.S.A.17. Así será siempre de aquí en adelante.

U.S.A.17 miraba aquella mano que se tendía hacia ella. Larga, esbelta, blanca, delicada, transparentando el tono azul de las finas venas. Su titubeo fue breve: estrechó la mano... sin poder evitar un estremecimiento; era una mano blanda y fría, como si alguna vez hubiese sido más grande y sólida y hubiese perdido materia. Le pareció sencillamente escalofriante.

Wernergruber sonrió comprensivamente.

—Comprendo su reacción —dijo—. No soy precisamente un joven hermoso con el que resulte placentero tener contactos físicos.... aunque sean tan simples como un apretón de manos.

Ella no contestó. Lo miraba especulativamente. No. no, no podía hallar un solo rasgo que revelase maldad en aquel rostro notable de frente amplísima y puntiaguda barbilla...

—Como ya habrá comprendido usted —dijo Wernergruber—, he clasificado los sujetos según su procedencia continental, excepto los norteamericanos: éstos llevan la sigla U.S.A.Y su número de orden. Los demás, llevan la sigla de su continente de origen y también el número de orden de llegada aquí. Por ejemplo. AM-2 es un venezolano, así que ha sido clasificado como AMERICA 2. El chino. AS-6, significa ASIA-6, y así sucesivamente. A los ciudadanos de Estados Unidos, más numeroso que el resto, me pareció mejor designarlos de modo especial..., como es el caso de usted.

U.S.A.I7 asintió con un gesto.

—Lo he comprendido —murmuró—... ¿Ha dicho usted antes que me daba la bienvenida a la... Morada Celestial?

—Sí.

—¿Qué significa exactamente eso?

—Significa, simplemente, que está usted camino del Cielo. Claro está, en lenguaje... figurado, dando a entender que pronto alcanzará la situación que podría definirse como... paradisíaca. Digamos que su espíritu sentirá el mismo gozo que si alcanzase ese lugar definitivo de felicidad que ha sido denominado con el nombre de Cielo. ¿No ha oído nunca esa frase?: si eres bueno irás al cielo... ¿La ha oído?

—Sí, desde luego. Pero...

—Pues está usted camino del Cielo, U.S.A.I7. Digamos que la Morada Celestial es la... antesala del estadio final en el Cielo. Después de esta Morada, llegará al Cielo. Quiero decir, para ser más exacto, que su espíritu alcanzará el Cielo, la felicidad total.

—Mi espíritu... ¿Y mi cuerpo?

—Oh, su cuerpo morirá, naturalmente. ¿De qué otro modo podría, si no, alcanzar el Cielo su espíritu?

CAPITULO II

U.S.A.17 entornó los párpados, para mirar especulativamente al doctor Wernergruber.

—¿Quiere decir que va a matarme? —susurró.

—Oh, sí, por supuesto, por supuesto... ¡Pero sólo transitoriamente!

—¿Transitoriamente? —Ella señaló los cadáveres—. ¿Estaré muerta como ellos?

—No, no, no. Ellos están aletargados, esperando el momento en que yo decida... despertarlos. La muerte de usted será mucho más breve, apenas unos segundos. Se encontrará en estado de muerte unos pocos segundos, y luego volverá.

U.S.A.17 sentía cada vez más penetrante un denso frío que parecía ir extendiéndose por todo su cuerpo.

—¿Quiere decir que resucitaré?

Wernergruber movió la cabeza.

—No. No es eso.

Ella volvió a pasarse la mano por la cara. Su mirada, fue hacia la puerta de aquella tétrica sala fría, hostil. Era como... como un depósito de cadáveres. Muy bien, no le gustaba el sitio, de modo que iba a salir de allí. Todo lo que tenía que hacer era propinar un golpe de karate a Wernergruber, abrir la puerta y salir.

Pero la pregunta se formuló en la mente de U.S.A.17: ¿qué había al otro lado de aquella puerta, única abertura de la sala? Sabía que podía desembarazarse de Wernergruber con un simple golpe, pero... ¿y luego?

—Sus intenciones son infantiles —dijo Wernergruber— casi pueriles. No sólo no podría escapar de la Morada Celestial sino que estoy seguro de que nunca querrá hacerlo.

Ella lo estaba mirando fijamente. Murmuró:

—Lo cierto es que no me hace gracias la idea de morir..., aunque sólo sea durante unos segundos.

—¿Teme usted no regresar de su estado de muerte? —Sonrió él—... ¡No debe preocuparse, todo irá bien!

—¿Estaré muerta... de verdad?

—Naturalmente. El más escrupuloso y sabio médico del mundo certificaría su defunción sin vacilar. Muerte total. Fin de su vida... durante unos segundos.

—Según entiendo, piensa usted experimentar conmigo... Por eso su* hombres me llamaron Sujeto Experimental Transvital.

—Exactamente.

—¿Por qué conmigo? ¿Por qué me ha elegido a mí?

—Lo sabrá a su debido tiempo..., si se hace merecedora de ello. Antes de confiar en usted debo ponerla a prueba.

—¿Matándome?

—Sí. La conozco bien, y creo que puedo confiar en usted, pero debo someterla a la prueba. Debería estarme usted agradecida, se lo aseguro. ¿Es usted bondadosa?

U.S.A.17 entornó de nuevo los párpados.

—Creo serlo —susurró.

—Entonces, no debe preocuparse de nada ni por nada. Todo irá bien. Pero hoy ya es demasiado tarde para proceder al experimento, así que lo dejaremos para mañana. ¿Tiene apetito?

—En absoluto.

—¿Está asustada? —sonrió Wernergruber.

—Es lo normal ante la perspectiva de morir, ¿no?

—¡Claro que no! ¿Qué sabe usted de la muerte?

—De la propia, nada —admitió ella.

—¡Ni de la propia ni de la ajena! ¡Claro que no sabe nada! Pero no se preocupe, pronto tendrá ocasión de saber muchas cosas de la muerte, del Más Allá.

—Nadie sabe nada de eso.

Wernergruber sonrió con tolerancia.

—Es evidente que no ha leído usted algunos libros sobre el tema, U.S.A.17. Se han publicado varios últimamente. Claro que su contenido es... rudimentario, incompleto, y, además, está... deformado por intereses comerciales: no se trata de informar realmente, sino de vender libros, de crear varios «best-sellers». La gente se gasta dinero en esos libros en los que algunas personas explican sus propias experiencias, o las ajenas, en su estado de muerte. Lástima que no hayan alcanzado el conocimiento suficiente en ese sentido... Y lástima que, pese a eso, comercialicen una cosa tan seria como es estar muerto... Le aseguro que el contenido de esos libros y el nivel de mis experimentos no tienen prácticamente ninguna relación. ¡Mercachifles de la información mortal! ¡Embusteros y embaucadores! Comprenderá usted esto cuando, con mis sofisticados medios, la envíe a la más asombrosa experiencia que se puede pedir: la muerte.

—¿Ha estado usted muerto? —preguntó U.S.A.17.

—¡Naturalmente! ¡Muchas veces! Es un estado... maravilloso, inigualable de felicidad absoluta... ¡La Muerte es el estado perfecto, la Vida no vale la pena!

—Me pregunto, entonces, por qué ha vuelto usted de la muerte, si tan bien se está allá.

—He vuelto, y seguiré volviendo, porque tengo una misión que cumplir en la Vida.

—¿Qué misión?

Wernergruber sonrió suavemente.

—¡Bien se ve que es usted periodista! Pero no es momento de contestar a sus preguntas... Descanse esta noche, entable amistades, reciba información

verídica, de primera mano...

—¿Quién va a facilitarme esa información? —Señaló de nuevo ella a los cadáveres—. ¿Ellos?

—No. Quizá lo hagan en otro momento, si decido despertarlos de su letargo, cosa que dudo.

—¿Por qué?

—Porque estos hombres que ve usted aquí son malos. Y hasta que no encuentre una solución, un sistema definitivo de destruir la Maldad, creo que no los haré regresar. De todos modos, encontrará usted en la Morada Celestial personas con las que pronto comprenderá que vale la pena relacionar se. Bien, ya hemos challado un poco, veo que está usted perfectamente... Nos veremos mañana.

—¿Tengo que quedarme encerrada aquí?

—No, no. Puede ir adonde quiera. Es la hora de la cena, de modo que si lo desea puede ir al comedor. ¡Hay buena gente allí, puede estar segura! Claro que si no tiene apetito, puede ir a la sala de descanso, o pasear... Siempre dentro de la casa, se entiende. Nadie la molestará, pero, por favor, no intente salir. Pronto se convencería de que era inútil... e inconveniente. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Wernergruber se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió. U.S.A.17 volvió a mirar los cadáveres. De pronto sintió un escalofrío en todo el cuerpo.

De pronto, AS-6 se movió. Ella lo miró vivamente al captar el gesto. Se le pusieron los cabellos de punta, tuvo que morderse los labios para no gritar: el chino movió los brazos y la cabeza, como en una sacudida; su boca se abrió, y de la fría profundidad de su cuerpo brotó un sonido horripilante, como un suspiro crujiente, chirriante; la mandíbula tembló, los párpados se abrieron más, hubo en sus ojos un destello como de cristal que recibiera súbitamente una intensa luz..., y de pronto el cuerpo se relajó, la cabeza cayó sobre el pecho. De la boca del chino estuvo brotando durante unos segundos aquel sonido chirriante, crepitante, crujiente...

De pronto, cesó.

U.S.A.17 echó a correr, abrió la puerta, y salió del macabro lugar, cerrando rápidamente tras ella. Todavía tenía los pelos de puma. ¿Qué era lo que había visto? ¿La reacción de un hombre aletargado que moría..., o un último suspiro de un hombre ya muerto, un suspiro que había quedado dentro, como el aire dentro de una vejiga?

Suspiró fuertemente una vez más.

Estaba en el fondo de un pasillo. A su derecha había una puerta, cerrando el extremo del pasillo. A su izquierda, se extendía el amplio pasillo, con varias puertas. Se dirigió en primer lugar a la puerta de su derecha, la abrió ... y se quedó mirando a los dos hombres que, sentados en un banco en una pequeña estancia, la miraron a su vez, con gesto interrogante. Junto a ellos había una escalera ascendente, eso era todo. Los dos estaban armados.

—Perdón —murmuró—. Estoy buscando el comedor.

—Siga por el pasillo hasta la sexta puerta a la izquierda. Si precisa antes los servicios, están en la quinta puerta del mismo lado.

—Gracias.

Cerró la puerta. Caminó por el pasillo, contando las puertas. Empujó la quinta y entró. Era un amplio cuarto de baño pulcramente cuidado. A la izquierda había varios lavabos. Enfrente, varias cabinas, con puerta, ocultando los inodoros. U.S.A.17 se acercó a uno de los lavabos, abrió el grifo, se miró al espejo... Casi pegó un brinco al ver en su frente la marca USA-17. Se quedó mirando aterrada la sigla. Vertió jabón líquido en una mano, y comenzó a frotar la señal, pero no logró borrarla. La señal ocupaba el centro de la frente, con letras y números de un par de centímetros de altura, negros, claramente visibles. ¡Debían verse desde mucha distancia!

Estaba intentando borrarlos frotando fuertemente con jabón cuando oyó ruido tras ella. Por medio del espejo vio al hombre que entraba en los servicios. El la vio también en seguida, se dio cuenta de lo que estaba intentando y sonrió.

—Se ve que eres nueva —dijo—. No te molestes, no conseguirás borrar eso.

—¿Nunca?

—Depende de lo que piensen hacer contigo. La mayoría son grabados de modo indeleble.

U.S.A.17 se volvió a mirar directamente al hombre, que hablaba en claro inglés. La sigla de su frente era EU-3. EUROPA 3. Un británico, desde luego.

—Yo también lo probé —sonrió EU-3— pero no hay manera. Es decir, yo no la he encontrado. ¿Cuándo has llegado?

—Desperté hace una media hora, creo.

—Ah, sí, la píldora del dulce sueño... Bueno, eso quiere decir que todavía no has tenido ninguna experiencia, ¿verdad?

—No... Ninguna, si entiendo bien lo que quieres decir.

—¿Has hablado con Herr Doktor?

—Sí.

—Entonces, ya sabes lo que quiero decir —susurró EU-3.

Procedió a lavarse las manos. U.S.A.17 desistió de borrar la señal de su frente y le imitó. Entró otro hombre, rubio, alto, de rostro viril, un tanto hosco, pero atractivo. Masculló un saludo en inglés, pero con acento extranjero que U.S.A.17 identificó en el acto. De todos modos, EU-3 ya la estaba informando:

—Te presento a EU-7. Es ruso, pero se pasa bien con él. No es mala persona, después de todo.

—Hola —dijo EU-7—... ¿Has llegado hoy?

—Sí —murmuró U.S.A.17—:.. Si, hoy. No, no he tenido todavía ninguna experiencia.

—Hay cosas peores —encogió los hombros el ruso.

—¿De veras? —lo miró sorprendida—. ¿Peores que estar muerto?

—No es tan malo como puede parecer.

—¿Estás hablando en serio? ¿Me estás diciendo que tú has estado muerto?

—Desde luego,

—No insistas —rió EU-3—: ¡no lo creerá hasta que ella misma pase por la experiencia!

U.S.A.17 miraba de uno a otro mientras se secaba las manos. ¿Estaban gastándole una broma?

—Ya que vosotros sabéis en qué consiste eso, ¿por qué no me lo explicáis un poco?

EU-3 movió negativamente la cabeza.

—No se puede hablar del estado de muerte con quien no lo ha experimentado. Es como... como querer describir el sabor del caviar a quien nunca lo ha probado. Por muchos símiles que emplees, por muchas explicaciones que le des, por muchas comparaciones que hagas, nunca sabrá a qué sabe el caviar si no lo prueba.

U.S.A.17 volvía a sentir cómo sus cabellos se erizaban. Se daba cuenta de que estaba en una situación extraordinariamente insólita, y de la que deseaba alejarse. Pero, pese a aquellos escalofríos, a aquellos repeluznos que parecían mover su piel, a aquella profunda inquietud que agitaba su interior, el deseo de marcharse no era tan fuerte como habría parecido lógico. Como periodista le interesaba llegar al fondo de todo aquello...

—¿Vienes a cenar? —preguntaba EU-7.

—Déjala en paz —gruñó EU-3.

—Cuanto antes se acostumbre, mejor —dijo EU-7.

—¿A qué he de acostumbrarme? —se sorprendió ella—. ¿A cenar? Porque si es a eso...

—¡Hola, cadáveres! —entró otro hombre, alto, pelirrojo—. ¡Ah, vaya, tenemos un nuevo sujeto experimental! —miró la frente femenina—. ¿Qué tal, U.S.A.17?

Ella miró la frente del recién llegado y contestó:

—Muy bien, U.S.A.12, gracias. ¿Y tú?

—Pues... ¡más muerto que vivo, pero voy pasando! —Se echó a reír y dio una palmada en la espalda del ruso—. ¡Alegra ese ánimo, hombre! ¡Ahora estás en estado de vida!

—Eres un imbécil —dijo el ruso.

U.S.A.12 frunció el ceño y pareció reflexionar.

—Puede que sea un imbécil —dijo—, pero mi actitud es más razonable que la tuya. Somos cadáveres. Por ejemplo, el cadáver de U.S.A.17 es precioso.

Se quedó mirando a la periodista, que esbozó una sonrisa desganada. Oírse llamar cadáver no era precisamente agradable...

—Eres muy amable —murmuró.

—No entiendo por qué os lo tomáis así —encogió los hombros el atlético

U.S.A.12—: las cosas son como son y están como están. ¿Qué ganáis amargándoos la vida? Yo he muerto ya cinco veces, y ya veis cómo me lo tomo. ¿Quieres un buen consejo, U.S.A.17?

—Puedo escucharlo —murmuró ella.

—Nada de narraciones sombrías, ¿comprendes? En la Muerte todo es bello, hermoso, luminoso... ¡No se te ocurra decir otra cosa! Es un buen consejo, de veras.

—Te creo..., pero no comprendo.

—Ya comprenderás. Oye, yo te conozco... He visto fotografías tuyas en periódicos y revistas de toda clase... ¡Ya sé! ¡Cáscaras, pero si eres...!

—Soy U.S.A.17 —cortó ésta, tajante—. Todos somos aquí lo que llevamos escrito en la frente, ¿no?

—Tienes razón —sonrió U.S.A.12—. De acuerdo, de acuerdo. Bien, ¿qué tal si vamos a llenar la barriga? ¡Te invito a mi mesa!

—Nosotros la vimos primero —dijo EU-3.

—Cierto —apoyó EU-7.

U.S.A.17 miraba ahora levemente divertida de uno a otro hombre. Los tres eran altos, hermosos, apuestos, de aspecto inteligente, muy agradables. Ninguno de ellos llegaba a los cuarenta años. Tres hermosos tipazos de hombre, simplemente.

—¿Todos los... invitados de Herr Doktor son como vosotros? —preguntó.

EU-7 soltó un bufido, y salió de los servicios sin más comentarios. EU-3 frunció el ceño. Incluso el jovial U.S.A.12 puso mala cara.

—No —dijo escuetamente—. Bueno, vamos allá.

U.S.A.17 comprendió la actitud de los tres hombres cuando, segundos más tarde, entró en el comedor.

Otro escalofrío terrible, intensísimo, recorrió su cuerpo.

Había quizá treinta personas allí, sentadas ante varias mesas agradablemente puestas. Pero no todas las personas eran agradables. Divisó a EU-7 sentado a una de las mesas, acompañado de dos... cadáveres y de un sujeto cuyo rostro puso de nuevo los cabellos de punta a U.S.A.17: parecía que le hubiesen pasado un rastrillo por la cara, dejando unos profundos y oscuros surcos: eran, simplemente, cicatrices todavía no cicatrizadas completamente; por entre ellas, se veía el relucir de los oscuros ojos del personaje: simples puntos luminosos entre el amasijo de carne arañada profundamente, tan profunda y profusamente arañada que no se veía la inscripción de su frente... En cuanto a los otros dos eran cadáveres como los que había visto en la sala donde había despertado.

Por el amor de Dios..., ¿iba a cenar EU-7 en compañía de aquellos tres... seres?

Notó en un brazo el tirón, y se volvió a mirar a EU-3, que la llevaba hacia un lado del comedor.

—Tómatelo con calma. En cuanto a EU-7, acaba de hacerte un favor: si él no hubiera ocupado ese sitio en la mesa, te habría correspondido a ti, por ser

la última en llegar y estar sola. Las mesas son para cuatro... ¡y ese vivo de U.S.A.12 ya se ha sentado en la mía, aprovechando la ausencia de EU-7!

Mientras caminaban, U.S.A.17 iba mirando a todos lados. El comedor era normal, y hasta agradable. Había varios camareros que ya comenzaban a servir la cena. Se oía un rumor de voces muy bajo y no ciertamente nutrido. En las mesas había personas vivas, personas muertas y personas con aquellas cicatrices en el rostro; parecía como si a todas les hubiese ocurrido lo mismo, el mismo accidente...

¿O no había sido un accidente? Parecía imposible que ocurriesen varios accidentes todos con el mismo resultado.

Con todo, no eran estos personajes los más escalofriantes, y U.S.A.17 lo comprendió cuando se sentó en la silla que EU-3 apartó para ella. Delante y a su derecha estaba U.S.A.12; delante y a su izquierda vio de pronto un rostro que le hizo pegar un brinco y derribar la silla que EU-3 acababa de colocarle.

Quedó pálida como un cadáver, desorbitados los ojos fijos en el ser que tenía delante... Tenía la cabeza afeitada completamente y llena de quemaduras; en su rostro había las mismas señales que en los otros que parecían haber recibido el castigo de un rastrillo: pero, además, le faltaban las orejas y los labios, que habían sido «pulcramente» amputados. Se veían los dientes en todo momento. Era algo tan siniestro e impresionante que U.S.A.17 ya no tuvo más capacidad de reacción, simplemente se quedó mirando aquella horrenda faz, en la que destellaban unos ojos azules.

—Será mejor que te sientes —dijo U.S.A.12; señaló con un gesto de cabeza al monstruo—. Te presento a AM-1. Lo digo porque no se le ve su sigla.

—Hola, ¿qué tal? —chirrió la voz de AM-1.

U.S.A.17 se sentó de nuevo, haciendo un gesto aceptando el saludo, pero incapaz de hablar. Sentía el estómago como apretado, como pellizcado. ¡Por supuesto que no iba a poder probar un solo bocado! ¿O sí? Se dijo que tenía que aceptarlo todo, sobreponerse a todo. Iba adquiriendo conciencia de que si toda aquella gente permanecía allí, soportando todo aquello, no podía ser por otra razón que la imposibilidad de escapar. Y si no era imposible, sí tenía que ser tan difícil que nadie lo había conseguido... hasta el momento. Quizá tuviese que permanecer allí horas, o días... ¡o semanas! De modo que tenía que sobreponerse. ¡Pero era todo tan siniestro allí, ahora que se daba plena cuenta!

—De todos modos —dijo casi jocosamente U.S.A.12—, la comida es buena. Y la vida aquí transcurre plácidamente..., muertes incluidas. Por supuesto, lo más divertido es volver de la muerte, encontrarse de nuevo aquí.

U.S.A.17 asintió, y señaló al horrendo AM-1 con un gesto.

—¿Qué le ha ocurrido? —musitó.

—Te explicaré el proceso en este lugar —dijo EU-3—. Al llegar, todos somos Sujeto Experimental Transvital, y se nos asigna una sigla. Si permanecemos en un estado de espíritu que no se aparta de la bondad hasta

determinados límites, seguimos siendo eso, es decir. Sujeto Experimental Transvital. Pero, si con nuestros viajes a la Muerte demostramos que contenemos maldad en nuestro espíritu, o que ésta se desarrolla aquí mismo, pasamos a ser malos. Los Malos son los que ves sentados a nuestro alrededor, y que parecen muertos, pero que sólo están aletargados...

—Uno de ellos, un chino, murió en mi presencia en la sala —murmuró U.S.A.17.

—Sí, ha ocurrido varias veces —asintió EU-3—. Pero eso es debido a que han sido aletargados demasiadas veces, y finalmente su organismo no lo resiste.

—¿Por qué los aletargan varias veces?

—Porque el ser sometidos al estado de muerte no sólo se delatan como gente con instintos malvados, sino que, en los sucesivos estados de muerte, van empeorando. Herr Doktor insiste en encauzarlos por la senda de la... Bondad, durante determinado número de veces. Si no llegan a soportar los varios estados de muerte, fallecen, como ese chino que has visto. Si los soportan, pueden suceder dos cosas. Una: que mejoren espiritualmente, en cuyo caso ya no vuelven a ser aletargados. Dos: que empeoren espiritualmente, en cuyo caso son trasladados de la categoría de Malos a la de Perversos. Los Perversos son los que ves con la cara llena de cicatrices, que los marcan para siempre como tales seres perversos. Sin embargo, todavía se les concede oportunidades para recuperarse, colocándolos de nuevo en estados de muerte sucesivos. Si mejoran, ya no se les marca con peores estigmas, y siguen sometidos a tratamientos de muerte buscando toda vía más mejoría... La mayor parte de ellos acaba por morir, pero si sobreviven ya nadie podrá nunca borrar su estigma facial de Perversos.

—Pero eso... ¡es horrible! —exclamó U.S.A.17.

U.S.A.12 torció el gesto.

—Todavía hay casos peores —aseguró.

La mirada de U.S.A.17 fue hacia el ser que tenía delante, sin orejas ni labios, y luego miró interrogativamente a EU-3, que asintió.

—En efecto. Nuestro compañero AM-1 es uno de esos casos peores. Un caso sorprendente de resistencia física. Es el que más veces ha estado en estado de muerte, pero su... espíritu es tan irremediablemente malo que, además de las cicatrices, se le sometió al resto de estigmas que estás viendo. Eso le coloca en la categoría más alta de maldad: la de Demonio.

—¡Dios mío!

—De modo que ya conoces las cuatro categorías de... conejillos de Indias de Herr Doktor: Sujeto Experimental Transvital. Malo, Perverso y Demonio. Conservarse en la categoría de Sujeto Experimental Transvital es una suerte inmensa..., y por supuesto indica que todos los que permanecemos en esa categoría somos personas de un alto índice de bondad espiritual.

—Pero..., ¿qué índice? ¿De qué... medidas se vale Wernergruber para saber a qué categoría pertenece cada uno inicialmente?

—Tu reacción al volver de la primera muerte se lo dice todo.

—¿La reacción? ¿Qué reacción?

—Ya te dije antes demasiado —murmuró U.S.A.12, interviniendo—. No podemos decirte más, lamentablemente, porque sería... prepararte favorablemente. Eso está castigado aquí. La reacción tiene que ser natural, espontánea.

—Pe... pero...

—La cena —advirtió EU-3—. Será mejor que nos dediquemos a comer.

U.S.A.12 miró al camarero que se había acercado a la mesa, y que comenzó a colocar los cubiertos sobre las blancas servilletas. U.S.A.17 estaba mirando, asombrada, a otra mujer que ocupaba una mesa cercana ocupada también por dos S.E.T., dos Sujeto Experimental Transvital, y un Malvado. Llevaba en la frente la sigla U.S.A.14. La conocía, desde luego... Se irguió al recordarla de pronto: era Sheila Martins, una famosa estrella cinematográfica...

Se sobresaltó al oír la exclamación del camarero, y regresó su atención a su mesa.

Se arrepintió en seguida.

El demonio AM-1 había agarrado uno de los cuchillos recién puestos, y, en el momento en que lo miraba, se lo clavó en el vientre con tremenda fuerza, tras ponerse en pie, aullando de modo escalofriante. El camarero lo dejó caer todo, y saltó hacia él, pero fue rechazado con un fortísimo codazo. Acto seguido, el demonio AM-1 se clavó de nuevo el cuchillo, pero ahora en la garganta. Sus aullidos se truncaron, se convirtieron en un gorgoteo. Retiró el cuchillo, y un chorro de sangre brotó de su cuello y saltó sobre la mesa, salpicando a todos lados. Acto seguido. AM-1 cayó de bruces sobre la mesa, resbaló, y rodó por el suelo.

En la otra mesa. U.S.A.I4, es decir, la actriz Sheila Martins, se había puesto en pie, estaba lívida, demudado el rostro, desorbitados los ojos, y gritaba como enloquecida. U.S.A.17, no menos lívida que U.S.A.I4 se puso en pie, y corrió hacia la actriz, la tomó por la cintura, y la sacó rápidamente del comedor..., en el que se había hecho un silencio... de auténtica muerte.

De esa muerte de la que ya no se regresa.

CAPITULO III

Después de pasar por los servicios, donde U.S.A.14 vomitó violentamente, llegaron las dos mujeres al dormitorio que la primera indicó. Cuando entraron, ya había allí otra mujer, en cuya frente no pudo U.S.A.17 ver su sigla, porque tenía el rostro lleno de cicatrices; es decir, que era una malvada. Estaba fumando, y sonrió al ver aparecer a U.S.A.17 ayudando a entrar a U.S.A.14.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó—. ¿Está embarazada, quizá?

En el dormitorio había tres butacas, un armario, una especie de pupitre con tres taburetes, y una fila de tres literas: una pequeña puerta debía dar al cuarto de baño o lo que lo supliese. La Malvada estaba sentada en una de las butacas, y U.S.A. 14, cuyo rostro parecía de cera.

—¿Te encuentras mejor? —murmuró.

U.S.A.14 asintió débilmente. Desde su asiento, la Malvada tiró el humo hacia el rostro de U.S.A.14, riendo.

—¡Qué delicada!—exclamó.

U.S.A.17 le dirigió una torva mirada, pero no dijo nada. Su atención se concentraba en U.S.A.14.

—Será mejor que te acuestes —dijo—. Yo iré a buscar al doctor Wernergruber para que me dé algo que te' calme.

—Sí —jadeó U.S.A.14—. Sí, gracias... Gracias.

—Te ayudaré a desvestirte...

—¡Lo que faltaba! —Rió la malvada—. ¡Ahora resultará que tú eres una lesbiana!

—Apártate —dijo secamente U.S.A.17 a la malvada, que se había acercado—. O al menos, ayúdame a acostarla.

—¡Que la acueste su puta madre!

U.S.A.14 emitió un gemido. U.S.A.17 puso una mano en un brazo de la malvada, para apartarla, pero la malvada asió aquella mano, la llevó a su boca, y la mordió... Apenas tuvo tiempo de hincar sus dientes, porque U.S.A.17 retiró la mano, y acto seguido alzó una rodilla, hundiéndola con fuerte golpe en el bajo vientre de la malvada, que lanzó un berrido y retrocedió, llevándose las manos al lugar golpeado. U.S.A.17 se desentendió de ella, y regresó sus cuidados a U.S.A.14, que la miraba con ojos desorbitados.

—Ten cuidado —jadeó—. ¡Es mala, es mala...!

—No te preocupes. Ven a acostarte.

—Es... es la segunda litera...

—No es necesario que te molestes: ocuparás la primera.

—Pero la primera es de ella...

—Esta noche, no —dijo firmemente U.S.A.17.

Llevó a U.S.A.14 a las literas, y la ayudó a tenderse en la primera, que

sostenía encima las otras dos. Estaba ayudando a U.S.A.14 a acomodarse cuando, simplemente, se volvió a tiempo de ver a la malvada tras ella, con las manos crispadas como garras acercándolas por detrás a su rostro. La malvada lanzó una exclamación de rabia al verse sorprendida, y aulló:

—¡Te arrancaré los ojos!

U.S.A.17 no se alteró ni poco ni mucho. Hizo un gesto con la pierna izquierda, como si se dispusiera a lanzar un puntapié, y la malvada bajó rápidamente los brazos para proteger su bajo vientre... El puño derecho de U.S.A.17 pareció silbar en el aire, y se incrustó con seco impacto sobre el seno izquierdo de la malvada. Esta abrió la boca, desorbitó los ojos, quedó inmóvil un instante..., y luego, lentamente, se desplomó hacia atrás, sin sentido.

De nuevo se dedicó U.S.A.17 a U.S.A.14, cuyos ojos no podían expresar más espanto y admiración al mismo tiempo.

—Ha sido sólo un golpe de karate —dijo U.S.A.17— sin mayor importancia. Estará tranquila un buen rato, y cuando se recupere es de esperar que recuerde la lección. Quédate quieta aquí mientras voy a buscar...

—No —la asió de una mano U.S.A.14—. No, no... ¡Estoy ya bien, no me dejes sola, por favor!

—Bueno —titubeó U.S.A.17—, como quieras. Si realmente estás bien, me quedaré. Y mañana mismo le diré a Herr Doktor que saque de aquí a la malvada. No tienes por qué estar con ella.

—Es... es OCE-2, una... una australiana...

—Ya OCEANIA-2. No te preocupes por ella. ¿Sabes? —sonrió—. He visto algunas películas tuyas. Eres... bastante por no, ¿no?

—¡Nunca he hecho películas pornográficas!

—No he dicho eso. Sólo que realizas algunas escenas que rozan lo porno. ¡No irás a negar eso!

—Pero no significa... que yo sea Mala.

—Por supuesto que no. De todos modos, vamos a dejar eso. Cada cual hace lo que puede en la vida.

—¿A qué te dedicas tú?

—Soy periodista.

—Period... ¡Oh, qué tonta soy! ¡Pero claro que te conozco, tú eres...!

—U.S.A.17 nada más. Y tú U.S.A.14. Eso es todo..., por el momento. ¿Cuánto hace que estás aquí?

—Nueve días —se echó a llorar—. ¡Nueve días con sus noches!

—Tranquilízate. ¿Has estado muerta?

Una expresión de desconcierto y temor apareció en el bello rostro de U.S.A. 14.

—Sí... Varias veces.

—¿Y qué tal?

—Pues... No sé... ¡No es tan malo como dicen otros!

U.S.A.17 se quedó mirándola especulativamente. ¿No era tan malo como

decían otros? Chocante.

—Bueno —sonrió—, más vale que te lo tomes así. Pero dime una cosa, entre nosotras: ¿realmente crees que has estado muerta?

—¡Oh, sí! Supongo que sí... ¡Claro que sí!

—Muy bien. ¿Qué sentiste?

—No debo... decírtelo. ¡No puedo decírtelo!

—Ya sé. De acuerdo, no quiero comprometerte. Bueno, creo que lo mejor será que descanses. Duerme tranquila. Yo estará aquí.

—Pero... no has Cenado...

—Puedo pasar sin ello. Duerme.

—Sí... Voy a dormir... No es como estar muerta, eso puedo decírtelo... Voy... voy a dormir...

Los párpados de U.S.A.14 parecieron pesar más y más, efectuando lentos movimientos. Por fin, quedaron quietos, como su cuerpo. U.S.A.17 puso una mano sobre el corazón de U.S.A.14. Percibió los latidos, todo normal.

Se apartó de la litera, vio sobre el pupitre un paquete de cigarrillos y un encendedor. Encendió un cigarrillo, y se sentó en una de las butacas.

La malvada OCE-2 recobró los sentidos pocos minutos más tarde. Desde el suelo, se quedó mirando a U.S.A.17, que continuó fumando tranquilamente, mirándola con fría expresión.

—Te estás fumando mis cigarrillos —gruñó OCE-2.

—Gracias por invitarme. Vas a dormir en la litera de arriba, y yo en la de en medio. Tengo sueño de gata, y sólo con que te muevas, me despertaré. Si intentas molestarnos tendrás que lamentarlo.

—Sé que te dormirás —sonrió horriblemente OCE-2—. Y cuando estés dormida, te mataré.

U.S.A.17 sonrió a su vez. Eso fue todo. Simplemente, sonrió.

Aquella noche, OCE-2 no se atrevió a moverse de su litera.

Pero despertó a U.S.A.17 en determinado momento. La despertó con sus sollozos.

U.S.A.17 abrió los ojos, ante los cuales se extendía la más densa oscuridad. Era como si jamás en parte alguna hubiera existido la luz. Estaba tendida en la litera de en medio, y desde allí oía perfectamente los sollozos de OCE-2, encima de ella. Era una sensación pavorosa de irrealidad, de algo desconocido totalmente.

—No soy mala —sollozaba OCE-2—. ¡No soy mala! Y si lo soy, ¿qué culpa tengo yo? Yo no sé nada de mí, sólo sé que estoy en esta vida, y nada más. No sé qué es ser realmente bueno o realmente malo, sólo sé comportarme de una manera... Pero no fui yo quien eligió esa manera. Yo sólo vine a la vida, y no sé nada más, nadie me ha dicho nada más, nadie me ha explicado nunca nada. Soy como soy porque así fue formada, sin que interviniera mi voluntad... ¡No soy mala! Sólo soy... como soy...

Dejó de hablar.

¿O estaba soñando? ¿Estaba hablando en sueños o estaba despierta?

Durante unos minutos, U.S.A.17 estuvo esperando que OCE-2 continuara hablando, pero esto no sucedía. El silencio era increíble.

De pronto, volvió a sonar la voz de la malvada:

—Los vi a todos allí, por debajo de mí... Yo acababa de morir, y los vi a todos por debajo de mí. Yo estaba flotando por encima de todos, y los vi a todos. Yo también estaba allí, con ellos. Vi mi cuerpo en el Lecho Mortuorio, y cerca de mí estaban ellos mirándolo. Miraban mi cuerpo, y yo también lo miraba, y los miraba a ellos desde arriba. Estaba flotando por encima del doctor, y de sus ayudantes. Era curioso observar sus rostros... ¡Eran unos rostros grotescos! Había en ellos una expresión de vida estúpida... Y de pronto, dejé de verlos a todos, y dejé de ver mi propio cuerpo, y me encontré... volando por encima de una masa negra. Creo que era alquitrán, o algo parecido. Seguramente, era alquitrán, pero no olía a nada. O quizá era un mar de aguas negras y muertas, muy densas. Y eran brillantes. Sí, creo que era alquitrán... La voz cesó. U.S.A.17, que normalmente podía controlar sin dificultad alguna su sueño, se sentía completamente despejada, alerta. Tenía los ojos abiertos. ¿Negrura de alquitrán? Bueno, ésa era la negrura que tenía ella ante sus ojos. Aunque nada brillaba allí... Volvió la voz de la malvada:

—...No, no es que volara sobre el alquitrán. Eso me pareció al principio, pero cuando quise volar más alto y alejar me de él, me di cuenta de que flotaba en aquella masa negra No volaba: flotaba sobre el alquitrán. No era que estuviese nadando: sólo flotaba. Me di cuenta de que yo pesaba muy poco. Seguramente, no pesaba nada, nada, nada... Por eso: flotaba sobre el alquitrán. Y no había nada más en parte alguna, solamente estábamos el alquitrán y yo. Yo y el alquitrán. Era muy negro. Por eso seguramente empecé a ver pronto los ojos rojos que comenzaban a flotar a mi alrededor Eran ojos rojos, rojos, rojos como sangre. Flotaban a mi alrededor, y todos me miraban. Todos aquellos ojos de rojo resplandor me miraban a mí, porque no había nada más que mirar, salvo los otros ojos rojos. Me miraban a mí, mientras flotaban sobre el alquitrán a mi alrededor. Había cien ojos. O mil. O mil millones de ojos... Había tantos ojos rojos que el alquitrán comenzó a tornarse rojo, rojo, rojo... Y entonces comenzó a oler... ¡Olía muy mal! Como a podrido... ¡A podrido! Todo aquello estaba podrido, y yo flotaba encima, ¡Olía espantosamente mal! Hasta el silencio olía mal. Todo era nuevo y diferente a lo que nunca había conocido. Era un ambiente de otra... clase de vida. Algunos ojos rojos empezaron a explotar cerca de mí. Explotaban, y producían miles de pequeñas chispas que me rodearon por encima también. Y aquellas chispas olían peor que el alquitrán de color rojo. Cada vez había más chispas pestilentes, y luego, cada chispa se convertía en otro ojo rojo, de modo que, pronto, me... me encontré flotando sobre miles de billones de ojos rojos, Yo no podía moverme, no podía hacer nada, ni decir nada. Sólo... estaba allí. Estaba allí, y eso era todo... Todo, Hubo un nuevo silencio.

U.S.A.17 tenía la sensación de que su piel estaba fría como hielo. Un frío tal que se iba filtrando hacia su carne, hacia sus huesos. Pensó que el intenso

frió podía penetrar en sus venas, y congelar la sangre.

La sensación era de una angustia espantosa.

—Eso era todo... hasta que los ojos rojos se pusieron a llorar. Todos los ojos rojos se pusieron a llorar a la vez. Yo veía brotar las lágrimas, pero no eran rojas, sino negras. De cada ojo brotaba una catarata de lágrimas negras como el alquitrán. Pero no oía llorar a nadie, no oía nada. Los ojos rojos lloraban lágrimas negras, y eso era todo lo que sucedía. Las lágrimas negras fueron... acumulándose sobre los ojos rojos. Y había tantísimas lágrimas que fueron... sepultando a los ojos rojos de las que brotaban. Tantas lágrimas que los ojos desaparecieron, y otra vez me encontré flotando sobre el mar de alquitrán. Y pronto empecé a ver... un leve resplandor, al que me iba acercando velozmente.

Entonces, volví a verlos a ellos. Estaban en el mismo sitio, contemplando mi cuerpo tendido en el Lecho Mortuorio. Oía que el doctor Wernergruber decía: ya vuelve. Y de pronto, sentí como una succión, como si una ventosa tirase de mí hacia ella, y sentía... que penetraba en algo. Y entonces abrí los ojos, y ya no estaba flotando, sino tendida en el Lecho Mortuorio...

De nuevo el silencio.

U.S.A.17 oyó de nuevo algunos sollozos, luego un fuerte suspiro, y otra vez el silencio.

Un silencio que persistió, persistió...

U.S.A.17 volvió a dormirse.

CAPITULO IV

—Buenos días, U.S.A.17. ¿Ha descansado bien?

—Regular —dijo U.S.A.17, mirando rápidamente a los dos hombres que acompañaban a Wernergruber—. Pero no me han permitido desayunar.

Señaló hacia detrás de ella, donde permanecían Kramer, Dinger, Dobbs y Rush, los cuatro hombres que la habían... invitado en el aeropuerto John F. Kennedy a su llegad de Europa. Ahora sí estaban armados los cuatro hombres.

—Es natural —dijo Wernergruber—. Considerando la importancia del experimento, siempre es mejor mantener el cuerpo en condiciones óptimas de relajamiento. Y como usted sabe, la digestión no deja de ser una actividad física. Ah, permítame presentarle a mis ayudantes y colegas, los doctores Stefanopoulos y Deguillaume. ¡Dos brillantísimos cerebros de primera línea, naturalmente!

U.S.A.17 asintió.

—Naturalmente —aceptó, amablemente.

Podían ser, en efecto, dos cerebros de primera línea, pero como hombres, no parecían valer gran cosa, especialmente Deguillaume, que era bajo, delgado, casi esquelético, y dotado de una frente angosta y peluda. En cambio, Stefanopoulos era casi gigantesco, y completamente calvo. Tanto estos dos personajes como Wernergruber estaban ataviados con una bata de color rosa, no poco sorprendente.

—¿Padece usted alguna deficiencia cardíaca, U.S.A.17? —preguntó Deguillaume.

—No. que yo sepa.

—¿Alguna otra cosa? —Inquirió Stefanopoulos, también en inglés, con áspero acento—. ¿Trastornos gástricos o menstruales, por ejemplo?

—No.

—¿Palpitaciones, jaquecas frecuentes, dificultad biliar o cualquier otra cosa? —se interesó Deguillaume.

—Creo estar magníficamente sana en todos los aspectos —sonrió U.S.A.17 —. De todos modos, cabria esperar que ustedes se aseguraran de ello antes de matarme.

—Lo hacemos siempre —dijo muy amable Wernergruber—, pero también nos parece conveniente escuchar de labios del propio Sujeto cualquier anomalía que él sienta directamente.

—Me parece muy considerado por parte de ustedes. Pero, en lo que a mí concierne, mi salud ha sido siempre perfecta.... salvo algún que otro resfriado.

Los tres doctores la miraban fijamente, con cierta expectación. Wernergruber sonrió.

—Parece que se toma usted con mucha calma su muerte —dijo.

—Le diré la verdad, Herr Doktor... No soy una mujer fácil de manejar,

debido a mi trabajo, que sin duda usted conoce...

—Precisamente por eso hemos recurrido a usted.

—¿Sí? —Se interesó vivamente U.S.A.17—. ¿Podría explicarme eso de un modo concreto, por favor?

—No en este momento, pero le aseguro que a su debido tiempo será puesta en antecedentes de nuestros proyectos, en los que, inicialmente, usted jugará un importante papel. Pero siga usted, se lo ruego.

—Decía que no soy una mujer fácil de tratar, debido a mi trabajo de considerable responsabilidad. Así que, en algunos momentos he pensado rebelarme contra la situación, y sé que les causaría no pocos problemas. Pero, tras pensarlo detenidamente, he decidido que no valía la pena molestarse. En primer lugar, debo entender que este lugar está debidamente aislado y protegido por varios hombres armados, y es probable que terminasen matándome. En segundo lugar, he visto a muchas personas que aseguran haber pasado por este... trance mortal, y he comprobado que están de nuevo vivas. En todo caso, sea cual sea el experimento de ustedes, es obvio que no me ocasionará la muerte definitiva. Puede ser toda una... chirigota o puede ser cierto, eso no lo sé. Pero sí sé que nada va a ocurrirme. ¿Cierto?

Los tres médicos la contemplaban fijamente, en silencio, Sus mirada eran penetrantes, inquisitivas, y un tanto entré desconfiadas y admiradas.

De pronto. Markus Wernergruber sonrió.

—Es indudable, señorita, que posee usted un temple poco común, lo que, ciertamente, concuerda con su trabajo digamos... poco conocido del público en general. ¿De verdad no está asustada? ¿Ni siquiera un poco?

—Bueno, no hay que exagerar —sonrió U.S.A.17—. Un poco de... preocupación sí que tengo. Pero me tranquilizo a mí misma diciéndome que si los demás invitados de la Morada Celestial han regresado del estado de muerte, yo también regresaré.

—Muy bien razonado —asintió Deguillaume—. Procederemos inmediatamente a su examen físico general, que sólo nos llevará un par de minutos. ¿Tendrá la bondad de desnudarse completamente? —el doctor se volvió hacia Kramer y los otros—. Ustedes pueden marcharse. Es evidente que no van a ser necesarios.

Los cuatro hombres salieron del amplio laboratorio, y la Sujeto Experimental Transvital U.S.A.17 procedió a desnudarse. Tardó muy poco en hacerlo, y miró con cierta ironía a los tres doctores, pero se llevó un chasco: no manifestaron el menor interés de tipo sensual hacia su espléndido cuerpo, de una belleza absolutamente fuera de serie.

—Venga, por favor —dijo Wernergruber.

Los senos de U.S.A.17 vibraron sugestivamente al desplazarse la periodista. Y las tensas caderas, y el tenso vientre. Los muslos, rotundos y esbeltos, apenas tuvieron una vibración. Era un cuerpo de una armonía de líneas inaudita, pero los tres hombres persistieron en su actitud de indiferencia total. Solamente Deguillaume miró hacia las ingles de U.S.A.17, observando

un instante el hermoso triángulo de rizado vello en el pubis, pero U.S.A.17 tuvo el convencimiento de que incluso aquello formaba parte del examen.

Se le rogó que se tendiera en una camilla metálica, pero que debía tener alguna resistencia de calefacción, pues la encontró tibia. Los tres hombres, en silencio, comenzaron a conectarle electrodos por todas parles, y luego hicieron descender sobre ella lo que parecía una larga pantalla de rayos X que abarcó todo su cuerpo.

—¿Está usted nerviosa? —preguntó Stefanopoulos.

—No.

—Si lo está, podemos esperar, por supuesto —dijo siempre muy amable Wernergruber. Nadie aquí tiene prisa.

—No estoy nerviosa en absoluto. Herr Doktor.

—Muchas gracias. Por favor, ahora relájese cuanto pueda y Cierre los ojos.

U.S.A.17 obedeció. Durante unos segundos, todavía estuvo oyendo dentro de su cuerpo, con gran resonancia, el acelerado latir de su corazón, que se fue calmando lentamente. Toda la voluntad de la Sujeto Experimental Transvital estaba concentrada en ello: sosegarse, adquirir una completa serenidad...

La voz de Wernergruber, siempre muy suave, le llegó de nuevo.

—No se asuste ahora aunque vea pequeños relámpagos azules. Indican solamente que nuestro Diagnosticador Múltiple entra en funciones. Cuenta atrás: cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡Cero!

Efectivamente, aparecieron unos resplandores azulados, como diminutos relámpagos. Se oyeron chasquidos. En el techo se reflejó la luminosidad de la gran pantalla de Rayos X.

En todo el cuerpo. U.S.A.I7 sintió la leve vibración de los electrodos...

En un brazo, en la cara interna del codo, sintió un pinchazo.

Acababan de inyectarle algo electrónicamente.

Por instinto, supo en el acto que acababan de matarla, su corazón se desbocó de nuevo, hubo en todo su cuerpo una reacción de rechazo, de protesta.

Y eso fue todo.

* * *

Abrió los ojos.

Vio el techo blanco, iluminado indirectamente por una lámpara que no veía. Movió la cabeza, y vio a los tres doctores inclinados sobre ella, mirándola con gran expectación. Pero ya no estaban en el laboratorio, sino en una habitación que, excepto el techo, tenía una tonalidad rosada... Aunque bien mirado, el techo tenía muy levemente aquella tonalidad

Estaba tendida en un gran lecho de ropas rosadas.

Supo que era lo que OCE-2 había llamado el Lecho Mortuorio.

Es decir, que acaba de regresar de la Muerte. Habíase hallado en estado de muerte, pero volvía al estado de vida

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Wernergruber
—Sí.
—¿Ninguna molestia? —se interesó Stefanopoulos.
—Ninguna. Me siento perfectamente.
—Ha estado muerta ocho segundos, solamente— dijo Wernergruber—. ¿Qué recuerda al respecto?
U.S.A.17 suspiró profundamente. Cerró los ojos. Durante más de medio minuto permaneció así, inmóvil. Sus hermosos senos se agitaban en la acompasada respiración.
—He descubierto —dijo sin abrir los ojos, con voz susurrante— quien inventó la música. Y no fueron gentes primitivas obteniendo sonidos por percusión más o menos rítmica... La música llegó de las estrellas. He estado... en las estrellas...
Guardó silencio.
Medio minuto más tarde reanudó el relato:
—He estado en un lugar donde... donde todo era luz fría, y yo estaba llorando porque había visto mi cuerpo tendido en este lecho, y sabía que acababa de morir. Por eso lloraba, y porque tenía frío. Pero de pronto, aquella luz fría y azul se fue tornando dorada, como el resplandor del sol al mediodía, y ya no fue fría, sino cálida. Era una luz dorada y cálida, de una belleza maravillosa e intensa, pero no deslumbrante. Y no era calor corporal lo que sentía, sino una... sensación grata de estar... suspendida en un lugar nuevo pero del que tenía recuerdos remotos en mi memoria. Yo estaba... en otro estadio vital en el que alguna vez antes ya había estado, pero que había olvidado. Mas lo recordé. Estaba en aquel sitio luminoso y acogedor donde la luz no era sustituida nunca por la oscuridad...
U.S.A.17 volvió a guardar silencio durante unos segundos.
Wernergruber y los otros dos se miraron, con los ojos muy abiertos, como fascinados.
—Nunca había oscuridad allí, y yo lo sabía. Desde lo más remoto de mi memoria llegaron... informaciones. Recordé que durante mi estancia anterior en aquel lugar donde estaban las estrellas doradas y cálidas, había escuchado sonidos de una belleza indescriptible. Y al recordar esto, se desvaneció aquel silencio oscuro que hasta entonces me había envuelto. Todo era ahora luminoso y hermoso, y había... flotando en la luz dorada armonías dulcísimas. Ningún sonido era igual a otro, jamás se repetía, y formaban un... conjunto de una delicadeza... celestial. Yo conocía aquel lugar y aquella... forma de Vida. Y sabía que lo conocían otros entes vivientes porque en algún tiempo muy lejano había estado allí con otros entes. Todos eran como yo, fluidos y dorados, y habíamos... gozado juntos de aquellos sonidos irrepetibles que emitían las estrellas. Y recordé que, alguna vez, en algún tiempo extraño, estuve en un planeta denso perdido en los confine! del universo. Era un planeta azul rodeado de grandes bruma; que a veces ocultaban la luz dorada. Supe que estaba recordando la Tierra, y entonces... recordé cómo había sido

crea da la música que los seres terrenales conocen. La música... la música...

Otra vez el silencio.

Los hermosos senos subían y bajaban, rítmicamente, suavemente. La luz rosada parecía concentrarse en los pezones tiernos, de forma bellísima.

—La música llegó a la Tierra... procedente de las estrellas Hubo... un ente fluido que estuvo aquí conmigo, y sabía que las voces de las estrellas eran tan dulces que podían viajar a todas partes, así que decidió traer voces de estrellas a la Tierra. Y fue... en busca de un trozo de estrella, y se instaló con ella en la Tierra. Las voces del trozo de estrella comenzaron a expandirse por todo el planeta. Era sólo un pequeño trozo de estrella, que cabía en una mano, pero sus voces, su música, eran idénticas a las de las más grandes estrellas del espacio azul y dorado. Atraídos por esas voces estelares fueron llegando del espacio más entes fluidos, que fueron... poblando el planeta, en el cual, en todas partes, se oían las voces del trozo de estrella, la música estelar compuesta por notas que nunca se repetían, nunca una nota volvía a sonar repetida, nunca, jamás. El tiempo era sólo un sutil latido. El planeta Tierra estaba... envuelto en voces del trozo de estrella, envuelto en música estelar. Había... una luz dorada e intensa, grata, y todo era... deslizarse en el tiempo que no iba a terminar nunca. Pero entonces, uno de los entes fluidos llegados a la Tierra atraídos por la música estelar, pensó en apoderarse para él solo del trozo de estrella, y se dispuso a hacerlo. Mas, no fue el único, porque la maldad, una vez sembrada, comenzó a germinar en todas partes. Y así... fueron muchos los entes fluidos que quisieron ser propietarios únicos del trozo de estrella, y se la disputaron horriblemente...

Nuevo silencio.

Medio minuto.

Un minuto.

Otro profundo suspiro en el busto de U.S.A.I7.

—Se la disputaron tan horriblemente... que convinieron el trozo de estrella en muchos pequeños trozos, tantos y tan pequeños, que cada trozo sólo podía emitir un sonido, una única nota siempre repetida. Sin embargo, al seguir sonando en el planeta las notas de cada diminuto trozo de estrella, la música seguía siendo hermosa, pese a la maldad de los entes fluidos. Hubo entonces un movimiento sísmico terrible, la Tierra pareció partirse en mil pedazos, se volvió a juntar... Y todos los trozos del trozo de estrella fueron sepultados en las entrañas ardientes del planeta.... todos menos siete, que quedaron abandonados en la superficie, emitiendo sus bellos sonidos, los que ahora conocemos como las notas DO, RE. MI. FA. SOL. LA, SI... Sólo siete notas, siete bellos sonidos donde había habido tantos que... que todavía seguirían sonando sin repetirse nunca. Y así de la bella música que no es más que voces de estrellas que todavía... siguen emitiéndose en el universo, aquí, en la Tierra, sólo conocemos siete notas que nos vemos obligados a repetir. Las hemos... manipulado de modo que suenen más graves o más agudas, más cortas o más largas, pero son siempre tan sólo siete notas, y así la música

artificial del planeta Tierra no es más que... una miserable serie de sonidos repetidos que fueron robados a una estrella. Y ahora, los seres fluidos de entonces, convertidos en seres materiales, ya no son capaces de escuchar la música estelar, ya no pueden... conseguir más notas, más voces, porque no las oyen. En el universo, las estrellas siguen hablando entre ellas, emitiendo esos dulcísimos sonidos nunca repetidos, formando... una música de cuya belleza nadie puede hacerse idea. Tenemos... alrededor de nosotros algo de tantísima belleza, pero no lo vemos como es, ni lo oímos como es. Siguen hablando las estrellas, las creadoras de la música del Hombre, pero el Hombre ya está condenado... para siempre a tener música de sólo siete sonidos manipula dos de los cuales ni siquiera conoce su origen, no sabe que llegaron de las estrellas, no sabe que la música no es más que un balbuceo de voz estelar... Y yo estaba... oyendo esa música estelar, y sentía un goce profundo y una levedad fluídica que también mi memoria recordó de otras veces. Había estado allí alguna vez en la luz dorada y tibia, y había escuchado las voces de las estrellas. Aquél era... el lugar en el que siempre hubiese querido permanecer, pero entonces... vi mi cuerpo físico desnudo, sentí... un tirón doloroso, y...

Silencio de nuevo.

De pronto, atónitos, Wernergruber. Stefanopoulos y Deguillaume observaron que por entre los cerrados párpados de U.S.A.17 brotaban lentas y cristalinas lágrimas.

U.S.A.17 abrió los ojos y susurró:

—No me importa estar aquí de nuevo. No tengo prisa en volver a la luz dorada.... pero sé que volveré. Y una de esas veces —la periodista sonrió dulcemente— me quedaré allí para siempre...

* * *

—Está fingiendo —dijo Stefanopoulos—, ¡Tiene que estar fingiendo!

—¿Por qué? —gruñó Deguillaume.

—Conversemos con sosiego —dijo algo irritado Wernergruber—. Estamos los tres solos, esa mujer ya ha sido devuelta a su grupo, no tenemos que impresionarla ni tenemos que adoptar ninguna postura... doctoral, por decirlo de alguna manera. Vanos a ver. Stefanopoulos: ¿por qué crees que U.S.A.17 ha fingido, lo que sería lo mismo que engañarnos?

—Te contestaré con otra pregunta —dijo el griego—: ¿has estado tú en algún lugar semejante al que ha explicado ella?

—No —admitió Wernergruber.

—¿Y tú, Deguillaume?

—Tampoco —farfulló éste.

—Yo tampoco Stefanopoulos—. Ni ninguno de los anteriores S.E.T. con los que hemos experimentado. Los que permanecen en estado de Bondad, como máximo, han descrito visiones paradisíacas de gran belleza... Aseguran

haber visto radiantes playas, arcángeles, espíritus selectos que los recibían a su llegada a la Muerte, lugares de deslumbrante belleza donde la felicidad era eterna. Han descrito escenas de cómo se veían morir corporalmente, han relatado sensaciones de paz... ¡Muchas cosas, pero ninguna como la U.S.A.17! ¡Y eso de la música estelar...!

Wernergruber sonrió.

—¿Por qué no podría ser que la música nos hubiera llegado de las estrellas? —objetó—. ¿Acaso podemos tener la certeza de que las estrellas no hablan entre sí, y que eso es la música, de la cual sólo conocemos una miserable parte? ¡Siete notas en lugar de una cantidad tal que jamás se repetirían y jamás se acabarían! ¿Crees que esa mujer puede haberse inventado una cosa así?

—Si lo ha hecho —deslizó Deguillaume— tiene una imaginación fabulosa. Y si no lo ha hecho... Bueno, si no lo ha hecho, si ha dicho la verdad de su estado de muerte, tenemos un caso absolutamente especial.

—No creo en los casos especiales de esa naturaleza —rechazó de nuevo Stefanopoulos—, ¡No puede haber en la Muerte estadios privativos para un solo ser, como sería el caso de U.S.A.17! En la Muerte hay un estadio general para todos. En ese viaje, se puede uno situar en regiones de infelicidad o de felicidad, según sea la calidad de la bondad de su espíritu, pero...

—¡Tú lo has dicho! —Le interrumpió Wernergruber—. Escucha el caso de OCE-2, a la que por cierto habrá que dar un buen escarmiento por lo de anoche... ¿Cuál fue su relato del viaje? ¡Fue horrible, con aquel mar de alquitrán, los ojos rojos que lloraban lágrimas negras que se fundían de nuevo con el alquitrán...! ¿Alguna vez alguien había relatado algo semejante?

Stefanopoulos vaciló.

CAPITULO V

—¿No puedo subir? —preguntó U.S.A.17 señalando las escaleras.

—Por supuesto que sí. U.S.A.17 —dijo uno de los dos hombres de vigilancia en el pequeño vestíbulo—. Lo que no debe hacer es intentar marcharse de la quinta.

Ella entornó los párpados.

—¿Puedo subir? —mostró su incredulidad.

—Sí, sí, naturalmente.

U.S.A.17 emprendió la ascensión. En lo alto del tramo había un pequeño rellano, y una puerta. La empujó, y ya no se sorprendió de que cediera. Se encontró en el amplio vestíbulo de una casa indudablemente grande, bien decorada. Frente a ella, una amplia escalinata arrancaba hacia el piso superior. Había varias puertas que daban al vestíbulo. A la derecha, la que conducía al exterior, grande, sólida, de madera repujada. A cada lado de esta puerta, una amplia ventana, protegida por densas cortinas de tono crema. Se acercó a una de éstas, y la apartó cuidadosamente, para mirar al exterior.

Vio la nieve.

Nieve y abetos, eso era todo. No había signo alguno de vida humana fuera de la casa. Por más que estuvo mirando, no vio a nadie vigilando. Ni siquiera perros. Ni una valla. Nada.

Se acercó a la puerta, asió el pomo, y lo hizo girar. La puerta se abrió bajo la suave tracción de la mano de

U.S.A.17; un frío seco y brusco la hizo estremecer, pero permaneció allí, mirando hacia la nieve y los abetos. El silencio era total.

«Debo estar en alguna parte alta del estado de Nueva York, seguramente —pensó—. Quizá cerca de Adirondack Park.»

Recordó que precisamente en Adirondack Park, en Lake Placid, se estaban celebrando los Juegos de Invierno. En el avión había leído noticias al respecto. Bueno, todo eso parecía formar parte de otro mundo, de otra vida...

Dio un paso atrás y cerró la puerta. Emprendió la ascensión de la escalinata. Arriba había un amplio pasillo, al cual daban varias puertas... Ocho exactamente. Todo eran dormitorios, con cuarto de baño anexo. Una quinta de lujo, indudablemente. No había nada que pareciera especialmente interesante en parte alguna. Y tampoco encontró nada que le llamase la atención del exterior cuando volvió a mirar desde la ventana de uno de los dormitorios. Nieve y abetos. ¿Podía la quinta estar tan alejada de cualquier lugar habitado que escapar de ella significase la muerte en la nieve? Esto no era probable. Había luz eléctrica, y había teléfonos en los dormitorios. No era una quinta completamente aislada. Habría sido absurdo construir una casa así en un lugar inhóspito, de modo que estaban cerca de otras quintas, o de una población.

El hecho de encontrarse en una quinta con tan amplios sótanos no la

sorprendía en absoluto. Había visto muchas cosas en su vida...

A su fino oído llegó el grito... El alarido. Procedía de la planta baja, del vestíbulo. Era un alarido como el de un animal... U.S.A.17 abandonó su puesto ante la ventana, corriendo hacia la puerta del dormitorio. Se lanzó escaleras abajo, en el momento en que veía un cuerpo de mujer salir de la casa, por la puerta... Los dos vigilantes del vestíbulo del sótano aparecían en aquel momento, y corrían también hacia la puerta, pistola en mano. U.S.A.17 se lanzó escaleras abajo a toda prisa.

—¡No disparen! —gritó—. ¡No disparen, yo la traeré!

No sabía quién era la mujer que había escapado, pero fuese quien fuese no podía permitir que le disparasen. Los dos hombres llegaron ante la puerta, sin dejar de mirarla, y se detuvieron allí. U.S.A.17 se reunió con ellos y miró hacia el exterior. La mujer corría penosamente, hundiendo sus pies en la nieve. En aquel momento volvió la cabeza y U.S.A.17 identificó el horrible rostro de la malvada OCE-2.

Intentó salir tras ella, pero uno de los hombres la sujetó por un brazo.

—Ya no hay nada que hacer. Es mejor que no salga usted.

—¿Qué quiere decir con eso de que no hay nada que...?

—Nos ha engañado, y ahora está demasiado lejos.

U.S.A.17 miró incrédulamente hacia la fugitiva. ¿Demasiado lejos? Sus pies se hundían tanto en la nieve que apenas debía haber recorrido treinta metros; estaba llegando a los primeros abetos, y si alcanzaba éstos encontraría menos nieve, y podría correr más, alejarse de la quinta. ¿Se lo iban a permitir...?

OCE-2 lanzó otro alarido, ahora más vibrante, agónico, estremecido. U.S.A.17 miró hacia allí, y vio a la malvada con los brazos alzados, temblando toda ella como si estuviese recibiendo una fortísima descarga eléctrica. De pronto, se desplomó sobre la nieve.

—Será mejor que vuelva usted abajo —dijo uno de los vigilantes.

U.S.A.17 se pasó la lengua por los labios, y asintió. Sin decir nada, regresó al sótano. En el pequeño vestíbulo había varios de los «invitados», todos silenciosos, sombríos. EU-7 se adelantó.

—¿La has visto? —murmuró.

—Sí —asintió U.S.A.17—.. Creo que ha muerto... definitivamente.

—No lo creas —rechazó el ruso—. Puede que todavía vuelva. Escapó porque querían degradarla a demonio, y en cuanto supo que le iban a cortar las orejas y los labios, escapó... No es el primero de nosotros que lo intenta..., y todos hemos vuelto aquí.

—La casa está rodeada de dispositivos electrónicos —dijo U.S.A.I2—. Es como si te estuvieran apuntando con cien ametralladoras formando una red de fuego tan tupida que nadie puede pasarla. Las descargas de esos dispositivos electrónicos son invisibles, pero mortales.

—Será mejor que olvidemos esto —dijo EU 3—. ¿Cómo te ha ido en tu primera muerte?

—Muy bien —murmuró U.S.A.17—: he descubierto que la música procede de las estrellas.

—¿Qué?

Desde arriba llegó la voz de uno de los vigilantes pidiendo ayuda, y los S.E.T. se miraron unos a otros. No tuvieron que tomar ninguna decisión, porque en aquel momento llegaron corriendo por el pasillo Kramer, Dobbs. Rush y Dinger, y subieron rápidamente. El cadáver, de OCE-2 fue bajado, y Rush y Kramer se lo llevaron pasillo adelante.

—La llevan al laboratorio —dijo un malvado—: seguramente intentarán que vuelva también de esta muerte.

U.S.A.17 se estremeció. Se hablaba allí de la muerte como si fuese... un simple viaje normal y corriente, y lo sorprendente era que incluso ella comenzaba a acostumbrarse a aquel modo de hablar. Pero... ¿se podía admitir que uno había estado muerto realmente? Porque todo podía reducirse a un simple estado de desvanecimiento con alucinaciones, posiblemente provocadas por una droga... Sí, seguramente aquel pinchazo que había recibido en un brazo había sido la inyección de una droga que provocaba visiones alucinantes, unas buenas, otras malas... ¿Cómo admitir que uno había estado muerto y que volvía?

—Vuelvan a sus asuntos —dijo uno de los vigilantes.

Le miraron torvamente, pero desfilaron en silencio, abandonando el pequeño vestíbulo. ¡Sus asuntos! ¿Qué asuntos? ¿Caer vez tras vez en estado de muerte?

Había seis vigilantes armados en la casa. Y luego, los que prestaban servicios auxiliares, básicamente en la cocina. Estos debían ser los que normalmente ocupaban la casa propiamente dicha, arriba, es decir, dándole una apariencia normal.

Cocinaban y vivían arriba, y si alguien iba allí no encontraría nada extraño. Y debían tener un sistema de vigilancia electrónica mortal. Claro, se podía desconectar, pero... ¿dónde y cómo? Pensó que quizá provocando un cortocircuito en la red eléctrica sería suficiente, pero le pareció demasiado fácil, se le podía ocurrir a cualquiera. Por lo tanto, no, no era así, tenía que ser algo más... sofisticado, más inaccesible para los «invitados», ya que un cortocircuito podía provocarlo cualquiera...

—¿Qué estás pensando? —oyó.

Miró a EU-3, que la contemplaba con una sonrisa amable, pero visiblemente irónica.

—Nada — murmuró—. Nada.

—Siempre se piensa en algo. Pero olvídalo: la red eléctrica no debe tener nada que ver con esas instalaciones de ahí fuera. ¿Te apetece tomar algo?

Habían entrado en la sala de »descanso, y los S.E.T. ocupaban sillones y sofás. Dos de ellos estaban ante el bar, pese a lo relativamente temprano de la hora. U.S.A.17 negó con un gesto y fue a sentarse en uno de los sillones. U.S.A.14 apareció y fue a sentarse a su lado.

—Ha sido horrible —murmuró.

—Quizá vuelva —dijo U.S.A.17.

—¡Eso será más horrible todavía! ¡La quieren degradar a demonio, le... le quemarían la cabeza para que nunca más tuviera cabello, le corlarían las orejas y los labios... ¡Pobre OCE 2!

U.S.A.17 la miró con sonriente curiosidad.

—Eres un poco porno, pero buena —dijo amablemente—. Me alegra haberte conocido.. Cuando salgamos de aquí...

—¡Nunca saldremos de aquí, nunca! ¡Oh. Dios mío, nunca más volveré a...!

De pronto, de su boca comenzó a brotar espuma, y todo su cuerpo se tensó un instante antes de comenzar a temblar con una violencia increíble, que la hizo caer del sillón, para agitarse como enloquecida en el suelo.

—¡Ayúdenme a sujetarla! —Gritó U.S.A.17, saltando hacia la desdichada U.S.Á.14—. ¡Ayúdenme, pronto!

El ataque de nervios estaba en su punto máximo, era espantoso. U.S.A.17 se encontró sobre U.S.A.14 intentando sujetarla, pero sin conseguir absolutamente nada; parecía que la víctima del ataque tuviese la fuerza de diez hombres, y en una de sus sacudidas lanzó a U.S.A.17 lejos, rodando por el suelo. Se puso de rodillas y miró incrédulamente a su alrededor.

—¡Ayúdenme! —gritó—. ¡Puede matarse...!

Saltó de nuevo sobre U.S.A.14, que seguía agitándose, aullando, emitiendo baba en una cantidad increíble. U.S.A.17 se abrazó a aquel cuerpo fuertemente sacudido por la descarga nerviosa, pero fue rechazada de nuevo brutalmente..., y esta vez U.S.A.14 la siguió, cayó sobre ella, y asió su garganta con ambas manos. Tenía los ojos casi fuera de las órbitas.

Y los de U.S.A.17 comenzaron a sobresalir cuando aquellas manos enloquecidas apretaron su garganta con una fuerza invencible.

—¡GGGRÑÑÑ! —Rugía U.S.A14, con la lengua fuera, prieta entre los dientes—, ¡GGRRÑÑÑÑAAGGGG!

U.S.A.17 percibió como un ligero vahído la llegada de su desvanecimiento, que podía significar su muerte. Comenzó a golpear el rostro de U.S.A.14, primero intentando colocar un adecuado impacto de karate, luego como buenamente pudo.... mientras la cabeza comenzaba a darle vueltas lentamente...

De pronto, se encontró libre. Los rugidos de U.S.A.14 le perforaban los tímpanos, le ponían la carne de gallina, se le erizaban los cabellos... Como entre sombras, vio a U.S.A.14 sujeta por algunos S.E.T., entre ellos EU-7 y U.S.A.12. Se puso de rodillas, sacudió la cabeza, y la visión se le aclaró. U también el sentido auditivo. Los alaridos de U.S.A.14 estallaban en sus oídos. La miró. Estaba empapada en sus propias babas, descompuesto el rostro, enloquecida... De pronto, la lengua fue partida por los labios, y fue a caer ante U.S.A. l4 que lanzó un grito y retrocedió de un salto, todavía arrodillada. De la boca de U.S.A. 14 brotó un chorro de sangre..., y de pronto, la mujer se

relajó, quedó colgando de los brazos de los otros S.E.T.

U.S.A.17 miraba como hipnotizada el trozo de lengua caído ante ella, rodeado ahora de un charco de sangre.

La cabeza volvió a darle vueltas.

Cayó hacia atrás, rebotó sobre sus flexionadas piernas y quedó tendida en el suelo, sintiendo que descendía velozmente hacia un negro y profundísimo pozo.

* * *

—¿Cómo se encuentra?

Se quedó mirando el rostro amable y extraño del doctor Wernergruber. Quiso contestar, pero sólo emitió un gemido.

—Tranquilícese, eso pasará —dijo Wernergruber—. Estuvo a punto de morir estrangulada, pero por fortuna los demás reaccionaron.

Con un esfuerzo, U.S.A.17 consiguió preguntar:

—¿Qué... le ha pasado... a ella?

—Ha muerto. Le ha fallado el corazón, y esta vez no ha podido regresar.

U.S.A.17 cerró los ojos. Le dolía la garganta, todo el cuello, por dentro y por fuera. Oyó la voz de Wernergruber lejana:

—Voy a administrarle un calmante. Le sentará bien descansar varias horas seguidas.

—¿Y... y OCE-2...?

—Tampoco regresará. Nosotros no podemos controlar esa clase de muerte.

Las palabras de Wernergruber quedaron como flotando en la mente de U.S.A.17: esa clase de muerte, esa clase de muerte, esa clase de muerte, esa clase de muerte...

¿Qué quería decir? ¿Cuántas clases de muerte había? Uno se moría o no se moría, eso era todo. Mejor dicho estaba muerto, pues estaba muerto, hubiese ocurrido la muerte de un modo u otro. Se podía morir de un infarto, de un accidente, de un balazo, de una larga enfermedad.... pero una vez muerto, eso lo igualaba todo, un muerto era igual a otro muerto...

¿O no?

¿Había varias clases de muertos?

¿Qué había querido decir Werner...?

Un insólito sosiego inundó el cuerpo y la mente de U.S.A.17. Su cuerpo quedó inerte, su mente en blanco. Ni siquiera había sentido el pinchazo. Simplemente, se durmió.;

* * *

Despertó.

La intensa luz de los focos del quirófano atravesó sus cerrados párpados cuando, deslumbrada, los cerró rápidamente. Había una luz intensísima. Le parecía que ni siquiera había cerrado los párpados. Los apretó más, pero la luz

seguía filtrándose hasta sus pupilas.

—Baja un poco la intensidad de la luz —oyó a Wernergruber.

El deslumbramiento cedió. Oía ruidos a su alrededor. Poco a poco, fue abriendo los párpados. Esta vez, aunque le costó unos segundos, pudo soportar la luz. Sobre ella, un amplio foco le producía calor.

Quiso moverse, pero no lo consiguió. Vio que estaba sujeta a la camilla metálica por medio de unas abrazaderas asimismo metálicas, que sujetaban sus piernas, sus brazos y su torso. Estaba desnuda, y la faja de metal apretaba dolorosamente sus senos. Seguía oyendo murmullos a su alrededor.

—Ahora está consciente —oyó la voz de Stefanopoulos.

—Bien. Procedamos.

Los tres doctores aparecieron en su campo visual de pronto, ataviados con sus batas de color rosa. Llevaban mascarillas del mismo color. Detrás de ellos vio a OCE 2, con su horrible rostro de malvada, y a U.S.A.14, que tenía la boca abierta, de modo que se veía que le faltaba la lengua. Ellas también llevaban una bata rosa, y sostenían gasas en sus manos.

—El abridor —dijo Wernergruber, tendiendo una mano.

En aquella mano le colocaron lo que él había denominado como el abridor. Era una especie de garra de felino, pero de acero, provista de puntiagudas uñas. U.S.A.17 lo vio sobre ella, sostenido firmemente por la enguantada mano de Wernergruber.

Este dijo:

—Va a recibir el castigo que su mentira merece. U.S.A.17. Nos mintió respecto a su muerte, se burló de nosotros... ¡Jamás estuvo escuchando la música de las estrellas!

—Fue un cuento divertido —oyó decir a Deguillaume—, pero finalmente decidimos que nadie podía creerlo.... por la sencilla razón de que no existe un lugar con luz dorada de estrellas, ni las estrellas hablan, ni mucho menos emiten música. ¡Nos mintió!

—Ya no importa —dijo Wernergruber—. Ahora sabemos la verdad, porque se lo hemos arrancado a su cerebro. ¡Y va a recibir su justo castigo!

—¿Qué... qué van a hacerme? —jadeó U.S.A.17.

—La vamos a convertir directamente en demonio.

—No... ¡No! —aulló ella—. ¡NOOOO. !

—Es inútil que se resista en ningún sentido. Cuando vuelva a despertar, tendrá la cabeza vendada, y cuando le sean retirados los vendajes, podrá ver en su rostro la fealdad de su interior. Fealdad que vamos a plasmarle ahora.

—No hables tanto y empieza —dijo Stefanopoulos.

—Sí —rió guturalmente OCE-2—. ¡Empieza a cortar su maldito rostro hermoso! ¡Pero primero tendrías que quemarle la cabeza!

—No —dijo Wernergruber—. Primero le abriré el rostro con el abridor, de arriba abajo. Será como hacer rodajas verticales con su carne. Sentirá el dolor del acero en los huesos, sentirá cómo su carne es abierta, oirá el rozagante deslizarse de la carne abierta... ¡Lo haremos» todo muy despacio!

La garra descendió. U.S.A.17 comenzó a gritar.

A aullar.

La garra se clavó en su frente, y Wernergruber dio un suave tirón hacia abajo. Las agudas puntas de acero llegaron; al hueso, y produjeron tal dolor que los cuerda vocales de U.S.A. 17 quedaron paralizadas.

Ya no podía ni siquiera gritar.

La garra seguía descendiendo.

Agitó la cabeza, intentando huir de aquella tortura inhumana como ninguna, y entonces uno de las puntas se hundió en su ojo derecho, y lo reventó, lo perforó. Con el otro ojo,' U.S,A.17 vio el delgado chorro de sangre que brotó hacia arriba...

—¡NNNOOOOOOOOO...! —consiguió' gritar, sentándose en la litera.

Despertó entonces realmente.

Antes había soñado que despertaba.

Ahora despertó de verdad de aquella horrible pesadilla.

Estaba en un pequeño cuarto rosado, sobre una litera individual. No había nadie en ella, todo estaba en calma, todo estaba bien, no la estaban convirtiendo en un demonio. Estaba sola, completamente sola.

Se llevó las manos al rostro mientras emitía un gemido. El rostro estaba empapado en sudor. Se movió para quedar sentada en el borde de la litera. Se sentía húmeda. Como empapada. Y era lógico, porque su ropa estaba empapada en sudor. Era como si hubiera estado sumergida en una bañera. Se tocó cuidadosamente el rostro, y el ojo derecho. Suspiró profundamente al convencerse de que nada le había ocurrido al rostro ni al ojo. Todo estaba bien.

—Dios bendito... —jadeó.

Se quitó la ropa húmeda, quedando completamente desnuda. Se secó con una de las sábanas de color de rosa y luego se envolvió con la otra. Se sentía mucho mejor. Miró hacia la puerta de aquel cuarto privado, y caminó hacia ella. La abrió y apareció en el laboratorio. Vio a Wernergruber y sus dos ayudantes charlando animadamente ante una serie de aparatos. Stefanopoulos la señaló u los otros dos volvieron la cabeza.

—Ah. U.S.A.17 —sonrió Wernergruber—, ya ha despertado... ¿Cómo se encuentra?

—Bien... Estoy bien.

—Nos alegramos mucho. ¿Cuándo cree que estará en condiciones para volver a morir?

Ella aspiró profundamente y dijo, muy serena:

—¿Por qué no nos dejamos de tonterías de una vez?

—¿Tonterías? ¿A qué se refiere?

—No estuve muerta en ningún momento. Ni yo ni ninguna otra persona de las que están siendo sometidas por ustedes a este... juego macabro. Simplemente me inyectaron una droga y yo tuve alucinaciones.

Tras unos segundos de silencio, Stefanopoulos soltó un gruñido y

Wernergruber preguntó:

—¿Realmente cree eso?

—Por supuesto. Muy bien, puede que haya personas o libros que expliquen... experiencias postmortuorias. Cabe en lo posible que algunas personas gravemente enfermas o accidentadas hayan estado en un... estado que rozase la muerte, quizá su transposición fue tal que incluso se podría admitir que se desdoblaron y vieron el mundo que les rodeaba desde fuera de sí mismos. No lo sé. No puedo negarlo, por lo tanto. Pero lo de ustedes sí puedo negarlo. Sólo me inyectaron una droga para...

—No le inyectamos nada —gruñó Stefanopoulos.

—¿No? —U.S.A.17 apartó parte de la sábana y mostró el pinchazo en la cara interna de su codo—. ¿Y esto qué es? ¿También es una imaginación mía?

—Si observa detenidamente —dijo muy tranquilo Wernergruber—, verá dos pinchazos, no uno. El más pequeño corresponde al del sedante que le he inyectado hace horas. El más grande fue efectuado cuando le hicimos la revisión total en nuestro Diagnosticador Múltiple. Y no fue para inyectarle nada, sino para retirar unas gotas de su sangre a fin de ser analizada electrónicamente en un segundo por nuestro aparato; teníamos que conocer su grupo sanguíneo, naturalmente.

U.S.A.17 parpadeó. Hubo un leve titubeo en su gesto.

—¿Por qué tengo que creer eso? —murmuró.

—Por la sencilla razón de que no tenemos ninguna necesidad de mentirle. No perdemos el tiempo en tonterías.

—Pero si no me inyectaron nada... ¿cómo me... mataron?

—Como matamos a todos los demás: utilizando primero el Analizador de Frecuencia y luego el «Gooddeath».

—Pero... ¿de qué están hablando? ¿Qué es eso?

—Lo tiene usted delante —rió Wernergruber, señalando: uno de los aparatos—. ¡Él fue quien la mató! Aunque, claro está, tras recibir la información del Analizador de Frecuencia!

—No entiendo nada... ¿De qué frecuencia hablan?

—De la de usted.

—¿Acaso ignora que su cuerpo material emite una determinada frecuencia, que tiene alrededor un campo magnético? —preguntó Deguillaume.

—Bueno.... he oído... hablar de algo así, desde luego...

—Usted sabe, sin duda, que los hermanos rusos Killian inventaron un aparato por medio del cual se percibe el aura del ser humano. ¿Ha oído hablar de eso?

—Sí... Sí, en efecto. Bueno, es un pequeño aparato cuyo funcionamiento ignoro, pero sé que dispone de una alta sensibilidad respecto a las emisiones... de fluido de las personas. Se coloca un dedo en una placa, y se produce alrededor del dedo una aureola que puede ser fotografiada, en colores, y esa aureola, esa... aura, como es llamada más propiamente, permite... conocer la...

esencia de cada individuo, sus propiedades físicas y nerviosas, o algo así. Y creo que esto sirve para emitir sobre esa persona estudiada una opinión... supranormal, para conocerla bien, valorar y calibrar sus facultades parapsicológicas.

—¡Exacto! Con la ayuda del «Killian» se puede llegar a conocer determinadas facultades en la persona que esa misma persona desconoce. Se le puede ayudar a desarrollarse mentalmente, psíquicamente, a educar sus auténticos poderes mentales. ¡Lo ha entendido bien!

—Pero... ¿qué tiene que ver eso con la muerte?

—¡Oh, bueno, son aparatos distintos, claro está! El «Killian» sirve para desarrollar facultades mentales en vida. Por ejemplo, es posible que usted sea, en potencia, una gran vidente o telépata, o una médium... Puede llegar a conseguir contactos mentales con el más allá. Pues bien, nosotros hemos conseguido algo más que eso: contactos con el Más Allá. Los parapsicólogos consiguen todas sus supuestas informaciones en vida. Nosotros las conseguimos de la única fuente verdadera: la Muerte, y lo que se puede llegar a saber en ese estado. No puede haber superchería ni charlatanería en nuestro trabajo, por lo tanto. Mientras los parapsicólogos están intentando desarrollar las facultades psíquicas del ser humano, nosotros hemos sobrepasado cualquier barrera: sólo tenemos que morir y, mientras permanezcamos en ese estado, indagar en la Muerte qué es la Vida y qué es realmente el Ser Humano.

—Pero... ¿para qué? —Exclamó U.S.A.17—. Suponiendo que todo esto sea posible y cierto, ¿qué pretenden con ello?

—Obviamente, ser los amos del planeta Tierra y de todos los seres humanos que lo habitan.

CAPITULO VI

U.S.A.17 quedó pasmada, mirando de uno a otro científico. Luego miró alrededor, vio un taburete y se dejó caer en él. Estuvo a punto de decir que los tres estaban locos, pero optó por un comportamiento más acomodado a la situación.

—Me parece... que no entiendo demasiado bien —murmuró.

—Se lo explicaremos, naturalmente. Y ello, porque confiamos en usted, bien entendido que antes de incluirla en nuestro grupo de un modo definitivo todavía tendremos que someterla a más pruebas...

—¿Matarme más veces?

—Sí. Pero no se asuste. Cuando se lo haya explicado comprenderá que no tiene nada que temer. Hablemos primero del Analizador de Frecuencia —Wernergruber separó del «Gooddeath» un pequeño aparato, parecido a un vulgar transistor de radio, y se lo mostró—: Aquí lo tiene. Como hemos dicho antes, cada persona emite una determinada frecuencia electromagnética, y este aparato la percibe. Vamos a ponerlo en marcha... orientado hacia usted.

La mirada de U.S.A.17 se fijó con desconfianza en el pequeño aparato. Esperó oír algo, ver algo, pero no fue así. Simplemente, tras tenerlo orientado hacia ella unos segundos, Wernergruber apretó una tecla, y colocó el Analizador más cerca de U.S.A.17. En el aparato se había iluminado una pequeña ranura, aproximadamente como medio cigarrillo. En esa ranura aparecía una inscripción en rojo luminoso, como en cualquier pequeña calculadora de bolsillo. La inscripción era ésta: AVR 66-08 1001.

—¿Qué significa? —murmuró U.S.A. 17.

—Es su identificación de frecuencia para el «Gooddeath». Para él, usted es simplemente AVR 66-08-1001. Y si acto seguido, yo introduzco en el aparato la sigla de identificación de usted, sólo tengo que apretar este otro botón —señaló el gran botón negro— para que el «Gooddeath» emita una frecuencia que anula la de usted. Dicho de otro modo: usted deja de vivir mientras el «Gooddeath» mantenga anulada su frecuencia, sus constantes vitales.

— Usted está bromeando —murmuró U.S.A. 17.

Stefanopoulos soltó un bufido, y Deguillaume un gruñido. Wernergruber era el más paciente y amable de los tres, evidentemente.

—No bromeamos con la ciencia, señorita, se lo aseguro.

—¡Eso no es posible!

—Es posible y cierto. Usted ya ha pasado por esa experiencia, ya que ni la drogamos ni nada de eso: simplemente, el Analizador estaba orientado hacia usted, percibió su frecuencia, la pasó al «Gooddeath» y yo programé su muerte para ocho segundos.

—¡Oh, vamos...!

—Envíala al demonio —farfulló Stefanopoulos.

—No. Ella nos interesa mucho, por sus contactos... Pero de eso hablaremos

más adelante, U.S.A. 17. Simplemente, ahora le pregunto: ¿Quiere comprobar otra vez el funcionamiento del «Gooddeath»? Y esta vez no estará ofuscada por el funcionamiento del Diagnosticador Múltiple, podrá verlo todo bien. ¿Por qué vacila? Estar muerto durante unos segundos es la más relajante de las situaciones... y usted necesita relajarse. ¿Le gustaría estar muerta... quince segundos esta vez?

—¿Cuál es el límite de tiempo... en estado de muerte?

—Tres minutos. Pasado ese tiempo hay serio peligro de que se dañen irreparablemente las células cerebrales. Lo prudente, de todos modos, es no sobrepasar nunca el minuto. ¿Quiere usted pasar al Lecho Mortuorio?

—¿Alcanza hasta allí el poder anulador del «Buenamuerte»?

—Su potencia de acción sobrepasa la milla.

—¿Quiere decir que puede matar a cualquiera que no esté más lejos de una milla?

—Siempre y cuando conozca su frecuencia por medio del Analizador, claro está —asintió Wernergruber.

U.S.A.I7 se pasó una mano por la frente. ¿Matar desde una milla de distancia? Sin ruido, sin riesgo, sin dejar huella alguna... Simplemente, se introduce en el «Buenamuerte» la frecuencia de la persona sentenciada, se programa su muerte para un tiempo superior a los cinco minutos y... ya no regresa. ¿Estaba soñando? ¿Quizá todavía seguía inmersa en la misma pesadilla en la que querían convertirla en el demonio...?

Pero no. No estaba soñando. Ya había despertado. Ante ella tenía a los otros doctores, mirándola con diversas expresiones. Recordó las palabras de Wernergruber: ser los amos del planeta Tierra y de todos los seres humanos que lo habitan. ¿Cómo podían conseguir tal cosa? ¿Y para qué?

—Está bien —murmuró—. Moriré por quince segundos.

—¡Magnífico! —Exclamó Wernergruber—. ¡Estamos impacientes por escuchar sus experiencias en este nuevo viaje!

—Me pregunto por qué me piden permiso... Conocen ya desde el primer momento mi frecuencia, así que pueden matarme cuando gusten esté donde esté, ¿no es así?

—Por supuesto. Pero preferimos estar en buenas relaciones con usted, para cuando vuelva —rió Wernergruber.

El Lecho Mortuorio estaba en una habitación anexa al laboratorio. U.S.A.17 se tendió en la gran cama, adoptó una cómoda postura, se relajó, cerró los ojos...

—Cuando ustedes quieran —susurró.

Oyó que uno de ellos salía del cuarto. Seguramente iba a pasar sus datos al «Buenamuerte» y programar su muerte durante quince segundos. Muy bien, esta vez no podrían en ganarla. Nada de trucos de pinchazos que luego podían explicarse diciendo que analizaban su sangre. Nada de trucos. Porque desde luego si sentía el más leve pinchazo, o bien olía a gas o cualquier clase de narcótico, no creería nada, sabría que, de nuevo, la habrían sometido a

alucinaciones por medio de cualquier droga. Tan sólo que tuviese la más ligerísima sospecha respecto a algo, les diría que eran unos farsantes, y que ella no era ninguna tont...

Toda luz desapareció, bruscamente.

Se sintió flotar y vio en seguida, bajo ella, el cuerpo inmóvil de U.S.A.17. Era ella, sin duda alguna.

Por un brevísimo instante, sintió deseos de llorar, presa de una profunda congoja. Pero en seguida se sintió como succionada con suavísimo vigor, y aquella escena desapareció completamente. No quedó ni siquiera el recuerdo.

Estaba suspendida en el espacio, y a su alrededor había miles de estrellas. Pero, cosa curiosa, al mismo tiempo veía el sol, enorme, muy cerca. Y sin embargo, no sentía calor, no la quemaba. No tenía ni frío ni calor.

Vio el planeta azul, diminuto en la distancia, y deseó acercarse.

En un instante estuvo cerca. Ahora lo veía enorme. Medio planeta estaba oscuro, medio planeta relucía con un tono dorado... La noche y el día.

Captó un pensamiento:

—¡Qué lugar tan hermoso!

Quiso dar la vuelta al planeta azul y la dio. Todo estaba rodeado como de una gasa azul.

Quiso ver la noche y se encontró en aquel lado del planeta. Pero... ¡allí no había noche! La noche estaba en el propio planeta, pero no por encima, donde ella estaba. De alguna parte de su memoria llegó la información referente a estos conocimientos: cuando una nave espacial surcaba el silencioso espacio, siempre estaba todo oscuro, como si el universo no tuviese luz solar. Pero entonces... ¡esto no era así! La luz del sol llegaba a todas partes, menos a la superficie del planeta azul en el lado opuesto al que relucía al sol. Pero sólo en la superficie. Y esto era comprensible: sólo podía haber oscuridad en aquella parte, en aquella mitad del planeta vuelto de espaldas al sol y por tanto proporcionándose la sombra él mismo.

Por lo demás, todo el espacio estaba lleno de luz dorada.

El sol era el centro de todo, su luz llegaba a todas partes. A todas, menos a la mitad de los planetas que en su girar ocultaban esa mitad que daba frente al sol. Sólo allí existía, la oscuridad, la noche. En el resto del universo todo era luz. Es decir, que si una nave espacial se deslizaba por el universo no lo haría rodeada de oscuridad más que cuando pasase por detrás de un planeta. Y además, muy, muy cerca de ese planeta. Por lo demás, esas naves espaciales que en los filmes siempre aparecían rodeadas de ominosa oscuridad y estrellas, sólo podían viajar rodeadas de luz. Pero entonces, ¿por qué en los filmes siempre aparecían rodeadas de oscuridad? ¡Era falso! Si el sol producía el día en la parte del planeta que le daba frente, igualmente debía producir el día en cualquier parte del espacio. ¡En cualquier parte, porque sólo se producía la oscuridad en el propio planeta que giraba y volvía una mitad de espaldas al sol! Por lo demás, considerando que el sol no podía ser obstaculizado más que por el propio planeta giratorio, allá estaba su luz, en

todas partes, ¡en todas!

La luz era hermosa y estaba en todas partes.

De pronto se dio cuenta de que no estaba viendo sólo un planeta Tierra, sino dos... ¿O eran tres? O quizá cuatro, que se interpenetraban unos con otros. Como cuando se ve doble una imagen debido a una ilusión o efecto óptico.

Entonces... ¿había más de un planeta Tierra?

Súbitamente, volvió a ver sólo un planeta azul.

Se estaba bien allí.

Esto era todo lo que sentía: bienestar. Era un bienestar total, no definido, no constreñido a algo determinado. Simplemente, todo estaba bien, todo iba bien, todo era hermoso No había horizonte, no había límites de ninguna clase. A su alrededor sólo había luz y cuerpos celestes. Y silencio. Era un estado de paz inaudito. Podía permanecer allí toda la eternidad. No deseaba nada más, absolutamente nada más.

Allí estaba.

Flotando.

Con el sol, viendo el hermoso universo que no tenía confines.

Allí estaba. Flotando. Eso era todo.

El bienestar iba aumentando, lo que resultaba sorprendente. Ah, sí, lo bueno podía ser mejor, y lo mejor podía ser óptimo. Es decir, que cada vez todo puede ser mejor. Entonces, la palabra «óptimo» no tenía significado idéntico; si «óptimo» significa que es lo máximo de lo mejor la palabra no tenía significado, porque no se podía utiliza ya que lo óptimo no existía, puesto que cada vez se sentía mejor. Mejor, bueno, pero no óptimo, porque al instante siguiente se sentía de nuevo mejor, así que antes no se había sentido óptimo, ni se sentía óptimo ahora, ya que al instante siguiente se iba a sentir mejor que antes, es decir, mejor que óptimo otra vez. Así que la palabra «óptimo» era una tontería.

Allí estaba.

Flot...

Tuvo la súbita sensación de un descanso, y de penetrar fuertemente en una morada angosta. Sintió una congoja tremenda. Vio a Wernergruber.

—No —susurró—. No, no, no, no, no...

—¿Está bien? —preguntó Wernergruber.

—No quiero —negó con la cabeza—. ¡No quiero!

—¿Qué es lo que no quiere? —sonó otra voz.

Se estremeció. Parpadeó. Desapareció la congoja. Se quedó mirando ahora Stefanopoulos. Junto a él estaba el pequeño y raquítico Deguillaume.

U.S.AV.17 suspiró profundamente.

—No quería volver —susurró; y sonrió de pronto—. Pero no importa, de verdad. No tengo prisa. También hay aquí cosas que me agradan.

Fue como si súbitamente se quedase a solas con sus pensamientos y con su cuerpo. En un instante, como en una proyección velocísima de fotografías,

pasaron por su mente diversas escenas. En todas las escenas aparecían ella y él. En una de las escenas, él aparecía junto a la mesa que ella ocupaba en un restaurante, y se presentaba. Ella le miraba impresionada, aunque queriendo ocultarlo... ¡Era un hombre alto, fuerte, viril, ceñudo!

En otra escena, él la besaba. Todo eran como veloces fotografías, pero casi sintió realmente el contacto de sus labios en su boca entreabierta, queriendo no sólo recibir el beso, aceptarlo, sino absorberlo; notó en su cintura las manos de él, y experimentó una dulce sensación cuando sus senos se aplastaron suavemente contra el pecho masculino.

Otra escena, en la que él la miraba un tanto ceñudo, pero ella sonreía. El estaba enfadado, porque ella había dicho algo que no le había gustado. Bueno, él era demasiado serio realmente. De todos modos, dejó de fruncir el ceño cuando ella se desnudó. Se quedó mirándola ahora inexpresivamente como si su rostro fuera de bronce. ¡Oh, qué antipático! Pero ella preguntó:

«—¿Por qué estás realmente enfadado?

»—No me ha gustado lo que has dicho.

»—Entonces, olvídalo.

»—¿Por qué tengo que olvidarlo?

»—No tienes que olvidarlo, pero es mejor que lo hagas Tú también me has dicho algunas cosas que no me han gustado y ya las olvidé.

»—Tienes mala memoria entonces.

»—Mi memoria es excelente... para las cosas buenas. Con el resto de las cosas he preparado un archivo al que he dado el nombre de Norecuerdonadadeloqueaquíhay.

Entonces, él había sonreído un poco. Sólo un poco, porque parecía que sonreír fuese fatigoso. Se había acercado ella, y le había puesto las manos sobre los pechos, que ella notó en seguida plenos de una mayor turgencia.

La siguiente imagen los contenía a los dos abrazados en el lecho. Ella sentía todavía los besos de él en toda su piel y ahora lo sentía en su interior, poderoso. El peso de su cuerpo no la molestaba. Había cerrado los ojos, se abrazaba a él y se sentía como flotar. En alguna parte había sol. Estaban entregados completamente el uno al otro. El debía sentir cómo la penetraba, y ella sentía como una maravillosa sensación de plenitud la penetración. Era perfecto. El la besó en la boca, y luego en el cuello y después en un hombro... Y ella comenzó a sentir la llegada del amor. Muy lentamente, porque no tenían prisa. Pronto tendrían que separarse, pero ahora no tenían prisa, porque estaban sintiendo su amor. Llegó el placer físico como un torrente, simultáneamente para ambos. El aire dorado del sol se quebró en suspiros...

Otra imagen. Un aeropuerto.

«—Entonces —dijo ella— te espero pronto en Estados Unidos.

»—Espero poder ir.

»—Sabes que vendrás —rió ella—. ¡No puedes rechazar mi oferta!

»—¿Por qué no?

»—¿Acaso te parece mala?

El la había besado en el aeropuerto. No era espectacular. Era más bien discreto; tenía clase. Un beso que no debió llamar la atención a nadie..., pero que ella sentía todavía en sus labios cuando ya estaba volando hacia Nueva York. Y sentía otras cosas en su interior. Hubo momentos en que sintió talmente el contacto viril de él en su tierno interior de mujer y su cuerpo se estremeció...

Hubo un parpadeo en los ojos de U.S.A.I7.

Volvió la realidad presente: Wernergruber. Stefanopoulos. Deguillaume. La estaban mimado, los tres inclinados sobre ella, expectantes, impacientes, algo mosqueados.

—¿Se encuentra bien? —insistió Wernergruber.

—Muy bien —sonrió ella—. Sólo estaba recordando algunas de las cosas buenas que también hay en el planeta azul. ¿Alguno de ustedes ha estado enamorado alguna vez? ¿Alguna vez amó a alguien de verdad?

Hubo unos segundos de desconcierto en el trío científico.

—¿Tiene eso algo que ver con su estado de muerte de esta ocasión? —preguntó por fin Wernergruber.

—Sí y no. Aunque debo admitir que en el Más Allá ni siquiera he pensado en cosas de aquí. Se sienten otras emociones y sensaciones. Esta vez he estado en un lugar desde el que veía cuatro planetas Tierra, interpenetrados unos con otros, y donde sólo había oscuridad en la parte de la Tierra vuelta de espaldas al sol. Por lo demás, mientras la Tierra giraba velozmente, sólo había luz dorada a mi alrededor y...

* * *

—¿Os dais cuenta? —Exclamó Wernergruber—. ¡Es perfectamente posible lo que ella ha explicado sobre la luz y la oscuridad!

Wernergruber sostenía en alto una simple bombilla colocada en un portalámparas normal y corriente. Stefanopoulos sostenía una manzana a cierta distancia de la bombilla. Más allá, Deguillaume sostenía un bolígrafo, que simulaba una; nave espacial volando por el inmenso universo.

Los tres estaban silenciosos ahora.

—¡Es exactamente como ella ha dicho! —Volvió a exclamar Wernergruber—. La bombilla es el sol, y su luz se esparce libremente por todo el cuarto donde estamos, es decir, por el universo. ¿Y dónde hay zona oscura? ¡Solamente detrás de la manzana, es decir, detrás de la Tierra! Observad el bolígrafo; es decir, la nave espacial: está recibiendo de lleno la luz del Sol, pues no hay nada que se la oculte. Mirad a todas partes: no hay oscuridad, sólo luz. Todo el cuarto, es decir, todo el universo, está lleno de luz. Entonces..., ¿por qué siempre presentan a las naves espaciales rodeadas de oscuridad fría?

Deguillaume se cansó de sostener el bolígrafo y lo guardó en el bolsillo superior de su bata. Stefanopoulos soltó uno de sus gruñidos, miró la manzana

y la mordió. Wernergruber encendió la luz habitual del cuarto y apagó la bombilla retirando el enchufe de la toma de corriente.

—Me pregunto —susurró Deguillaume— por qué ella ve cosas que otro no han visto. Ni siquiera nosotros.

—Yo tengo una clarísima y lógica explicación —dijo Wernergruber—: ella es diferente a nosotros. ¡Es mejor que todos nosotros! Ha debido tener ya muchos ciclos vitales, está mucho más cerca de la perfección que cualquiera de los sujetos que hemos colocado en estado de muerte...

—No estás hablando como un científico. Markus —dijo hoscamente Stefanopoulos, sin dejar de masticar la manzana.

—Sí... Es cierto, tienes razón, pero... ¿qué otra explicación puede haber?

—Que está mintiendo. Que tiene una imaginación porten tosa. Eso es todo.

—Lo que ha explicado ha sido muy hermoso —dijo Deguillaume, pensativo.

—Pues que escriba un libro con ello y que le den el Pulitzer de nuevo —masculló Stefanopoulos—. Os diré una cosa: deberíamos prescindir de esa mujer. Sólo tenemos que volver a programar su frecuencia en el «Gooddeath» y, esté donde esté, se quedará dormida... para siempre.

CAPITULO VII

Tendida en la litera superior del cuarto que ahora ocupaba en solitario, U.S.A. 17 pensaba. Pensaba que había cosas agradables en el estado de vida y en el estado de muerte. Pero pensaba también: ¿podía estar segura de esto? ¿Podía estar segura de que no había sido drogada de algún modo? ¿Hipnotizada, quizá?

Sonrió al pensar en esto. Ciertamente, ella no era persona fácil de hipnotizar..., al menos por medios «corrientes». Se había examinado minuciosamente el cuerpo, y no había encontrado ningún otro pinchazo. Además, lo habría notado.

Desnuda en la litera, su mente buscaba soluciones a todo aquello, nuevo para ella: la muerte. Había estado en estado de muerte. ¿Era esto posible, admisible, razonable en alguna minúscula medida...? Había muerto dos veces y allí estaba de nuevo, en la vida. Y pensando de nuevo en él...

La puerta del cuarto se abrió y ella se incorporó un poco para ver quién entraba. Sintió de súbito el erizamiento de su vello, y le pareció que sus cabellos se convertían en alambres clavados en su cabeza... Un demonio y dos malvados entraron y cerraron la puerta tras ellos. Luego volvieron sus ardientes ojos hacia ella.

—¿Qué quieren? —Preguntó, alcanzando su ropa—. Lo menos que podían haber hecho era llamar antes de entrar.

—Queremos hablar con usted —dijo el demonio.

—Está bien. Hagan el favor de salir mientras me visto. Les avisaré para que entren.

—Lo que queremos pedirle es que nos permita gozarla.

—¿Qué?

—Queremos poseerla —dijo uno de los malvados—. Todos estamos aburridos y nerviosos. Hay otras mujeres en la Morada Celestial, pero en el sorteo les han correspondido a otros S.E.T. Usted nos ha correspondido a nosotros.

U.S.A.17 sintió un profundo escalofrío observando aquellos rostros, aquellos ojos.

—¿Están bromeando? —murmuró.

—No. Las demás han aceptado. Ya deben estar haciéndolo. La proporción de sexos es de tres a uno y usted es para nosotros tres.

—Salgan de aquí —jadeó ella—. ¡Salgan de aquí inmediatamente!

—¿Se niega a aceptar la decisión de la mayoría?

—¡Naturalmente! ¡A mí no me sortea nadie como... como si fuese un pavo! ¡Salgan!

—Ha habido una votación en la Morada Celestial —gruñó el demonio—, y en esa votación se ha decidido instaurar un sistema de convivencia lo más placentero posible para todos. Usted tiene que formar parte de la comunidad a

todos los efectos, así que... ¡baje de ahí!

El demonio sacudió la fila de literas y U.S.A.17 tuvo que soltar el vestido y aferrarse donde pudo para no ser lanzada al suelo. Los dos malvados acudieron en ayuda del demonio, sacudiendo también las literas. U.S.A.17 lanzó una exclamación y desde lo alto, aplicó un kakato a la cabeza del demonio, sacando una pierna fuera; el talón golpeó al demonio con precisión, derribándolo, pero uno de los malvados asió el pie rápidamente y tiró de él, ayudado inmediatamente por el otro.

Desde la tercera litera. U.S.A.17 cayó al suelo, siempre sujeta por un pie. El golpe podía

ser mortal, podía romperse la cabeza contra el duro piso, pero en el aire U.S.A.17 giró la cintura, de modo que, pese a que sus caderas estaban hacia el techo, el torso giró... Se habría aplastado la cara contra el suelo s¡ las manos no hubieran amortiguado el golpe relativamente. La frente golpeó en el suelo, U.S.A.17 tuvo la sensación de que dentro de su cabeza acababa de explotar un petardo, todo retumbó, se llenó de luces... Sintió que su cuerpo se movía, que giraba.

En alguna parte de su cuerpo notaba la presión de unas manos. Ante sus ojos parecían flotar nieblas oscuras, densas. Quiso mover los brazos, pero no pudo. Intentó mover las piernas, y vagamente supo que tenía un considerable peso sobre el vientre que le impedía mover también aquella parte del cuerpo. Sacudió la cabeza y la visión se aclaró considerablemente. Pareció que las nieblas se disiparan, se convirtieran en hilachas.

Y por entre esas hilachas flotantes apareció el rostro del demonio, provocándole un súbito espanto. Oyó su jadeo, entendió lo que decía, y sacudió la cabeza.

—No... ¡No quiero!

Al sacudir la cabeza vio los rostros de los dos malvados, uno a cada lado. Eran ellos los que estaban sujetándole los brazos fuertemente, mientras, sobre su vientre, el demonio buscaba furiosamente el camino de su sexo. En la mente de U.S.A.17 explotó un deseo: os voy a matar, pensó.

En ese momento, sintió el brutal impacto de la penetración y oyó el rugido del demonio, cuyo rostro desapareció de su radio visual. Sintió el feroz mordisco en un hombro y la violenta presión del hombre dentro de ella. Las últimas nieblas desaparecieron, la realidad se mostró con toda su crudeza: estaba siendo violada por un demonio, mientras dos malvados la sujetaban por los brazos. Muy bien, les iba a...

Toda luz desapareció bruscamente.

Hubo en alguna parte una sacudida.

Se sintió flotar y vio en seguida, bajo ella, la escena de la violación. Allá abajo estaba su cuerpo. Había un ser a cada lado, sujetándole un brazo cada uno. Y otro ser horrendo encima de su cuerpo, agitándose furiosamente, como enloquecido.

Pero de pronto, ese ser se retiró vivamente y se quedó mirando el cuerpo

de mujer.

Arriba se estaba bien. Todo estaba bien allí. Comenzó a vislumbrar la luz dorada...

—¡Está muerta! —oyó decir en alguna parte.

La escena de abajo era ahora lejana, diminuta. Los cuatro seres que había allá abajo parecieron hormiguitas. Tres de las hormiguitas se irguieron, corrieron hacia la puerta y salieron hacia alguna parte. La otra hormiguita quedó tendida en el suelo. Ahora era ya más pequeña que una hormiguita. Era diminuta, diminuta, diminuta... Como un microbio.

Y de pronto desapareció.

¡Ah, de nuevo aquella hermosa e intensa luz dorada! Luz por todas partes. Flotaba. Esta vez no veía el planeta azul por parte alguna. Miró hacia todos lados del inabarcable universo, pero sólo había luz. No había planetas, ni estrellas... ¡Ni siquiera estaba el sol, y sin embargo la luz era resplandeciente!

Percibió la presencia de algo, y se dio cuenta de pronto de que había infinidad de puntitos luminosos cerca de su ser. Comprendió que ella era también un puntito luminoso en el dorado espacio de La Vida Eterna. Sintió un gozo profundo que pronto fue un estado de espíritu normal. Exacto, eso era lo cierto, lo único verdadero: el gozo de ser. Y no había nada más. Se sentía independiente e indivisible, pero de algún modo extrañamente unida a aquellos otros puntitos luminosos. Le llegaron oleadas de amor. Se sintió tan profundamente amada que tuvo la sensación de que se convertía en un sol gigantesco, muchísimo más enorme que el sol que brillaba en aquel pequeñísimo rincón del universo dentro de una diminutísima galaxia.

Y no dejaba de crecer, de expandirse. Era un sol cada vez más grande, se iba hinchando de amor, de aquel amor que le llegaba en oleadas cada vez más intensas. Recibió tanto amor de aquellos puntitos luminosos, se hinchó tanto, que finalmente explotó. Convertida en trillones de puntitos luminosos se expandió por todo el universo, hasta confines donde jamás había estado antes en ninguno de sus ciclos. Todo era nuevo, pero conocido al mismo tiempo. Y también allí vio puntitos luminosos y comenzó a recibir oleadas de un amor insoportablemente hermoso, de modo que de nuevo comenzó a hincharse, y se hizo del tamaño de un trillón de trillones de veces más grande que el más grande cuerpo celeste del que tenía noticia. Entonces volvió a explotar, convirtiéndose en una cantidad incontable de puntitos luminosos, que lo estaban llenando todo de luz. Tanta luz, que ya no podía haber jamás oscuridad en parte alguna de TODO el universo. La sensación de felicidad era radiante. ¡Ah, pero allá tenía más puntitos de luz dorada enviándole sus oleadas de amor, así que otra vez comenzó a hincharse, hincharse, hinch...

La sensación de descenso, de succión, fue angustiosa esta vez. La entrada en la angosta morada fue dificilísima, porque ella se resistía, ya que allí dentro todo era oscuro. La congoja fue terrible, insoportable.

Abrió los ojos y vio el techo del cuarto.

Se sentó en el suelo y en seguida las lágrimas brotaron de sus hermosos

ojos. Remotamente pensó que el demonio no había conseguido violarla, pero eso no le importó lo más mínimo, no tenía la menor importancia, de ninguna manera. ¡Pero aquellos puntitos luminosos que le habían enviado oleadas de amor...!

* * *

Frente al «Gooddeath», Wernergruber, todavía con la mano sobre el dial del tiempo que él acababa de alterar, miraba a sus compañeros, lívido. El tiempo había sido programado a seis minutos, pero él lo había detenido cuando en el visor se cumplían los cuarenta y seis segundos.

—¿Por qué has hecho eso? —Gruñó Stefanopoulos—. ¡Habíamos convenido terminar con ella definitivamente!

—No puedo hacerlo —jadeó Wernergruber—. ¡No puedo!

—¿Por qué no?

—No lo sé, pero no puedo... ¡No quiero hacerlo! Quiero que siga con nosotros, que nos ayude... ¡No quiero separar me de ella!

Sus dos colegas se quedaron mirándolo atónitos.

—¿De qué estás hablando? —farfulló Deguillaume.

—No lo sé... ¡Sólo sé que no quiero separarme de ella!

Stefanopoulos se echó a reír. En su mente de científico acababa de entrar aquella sorprendente, divertida, cómica idea. ¡Wernergruber se había enamorado de U.S.A.17! Deguillaume lo comprendió a su vez, y también se echó a reír. ¡Era la cosa más chocante y divertida que jamás les había ocurrido!

—Muy bien —gruñó ahora Wernergruber—, reíros cuanto queráis, pero ella seguirá aquí, conmigo. Y ahora, vamos a llamarla, para que nos cuente sus experiencias del último estado de muerte. ¡Serán tan asombrosas como las anteriores!

* * *

—...Y seguramente —terminó de explicarles U.S.A.17—, todavía estaría siguiendo el mismo proceso si no hubiese terminado el tiempo de mi estado de muerte. ¿Cuánto tiempo estuve esta vez?

—Cuarenta y seis segundos —murmuró Wernergruber.

—Más tiempo que las otras veces... ¡Fue tan hermoso!

Stefanopoulos la contemplaba sombríamente, en silencio, hundida en el pecho su sólida barbilla, sentado frente a U.S.A.17 en la sala de descanso privada de los tres científicos.

De pronto preguntó:

—¿Le gustaría escuchar una de mis experiencias?

—¿Por qué no? —lo miró amablemente ella.

—Morí y llegué en el acto a una región oscura donde había seres de tono rojizo flotando lentamente. No tenían voz, pero percibí su hostilidad. Me

encontraba directamente sobre la Tierra, en la zona de la noche. Había millones de seres rojizos y hostiles. Había tantos y tantos que unos se confundían con otros, unos se fundían con otros, penetraban unos seres en los... cuerpos de los otros. Todo era oscuro, todo era hostilidad. Había... una sensación de angustia, de odio, de exterminio. De alguna parte me llegó la información de que estaba en la región de los muertos con rabia: los asesinados, los ejecutados, y, sobre todo, los muertos en cientos de guerras. Había allí tanta hostilidad, tanta furia, tanto odio y rencor que aunque la Tierra siguió girando y colocó aquella parte de su faz en dirección al sol, todo siguió sumido en tinieblas y todos los seres íbamos de ninguna parte a ninguna parte, buscando algo que no pude saber qué era, porque no podíamos encontrarlo.

Stefanopoulos calló y todos permanecieron en silencio. U.S.A. 17 sentía dentro de ella una sensación profundísima de desdicha sin fin.

—Yo —dijo de pronto Deguillaume— estuve en una región amarilla con reflejos negros. No había seres o cosas, visibles allí, sólo sensaciones de infelicidad interminable, y pronto me di cuenta de que esas sensaciones de infelicidad las provocaban llamadas lejanas a los fluidos que allí estábamos. Pero no podían acudir, pese a que lo deseaban y eso era horrible. Había... como un lamento silencioso de deseos nunca satisfechos. Estábamos allí, pero todos queríamos estar en otra parte. ¡Fue espantoso!

U.S.A.17 tragó saliva y desvió la mirada hacia Wernergruber, que mantenía baja la cabeza.

—¿Y usted? —musitó.

—No —dio su negativa Wernergruber—, yo no quiero explicarle a usted mis experiencias en estado de muerte.

—¿Por qué no?

—Se ha enamorado de usted —dijo Deguillaume, con una sonrisa extraña —. Y la ve tan lejos de sus posibilidades que no quiere alejarla..., aunque sólo sea físicamente. Si los dos muriesen en estos momentos, seguramente jamás se encontrarían en el estado de muerte. Eso es lo que piensa Markus... Si él supiera que su evolución es como la de usted, ahora mismo programaría la muerte de ambos para reunirse en ese... lugar lleno de puntitos luminosos. ¿No es así, Markus?

Markus Wernergruber miró un instante a su colega y luego a la sorprendida U.S.A.17.

—He decidido confiar plenamente en usted y vamos a proceder cuanto antes a la realización de mi plan..., al cumplimiento de mi misión, por la que siempre he querido volver del estado de muerte.

—¿Qué misión es ésa? ¿Puedo saberlo ya?

—Sí, porque espero contar con su ayuda. Usted, señorita Singleton...

—¡Oh! ¿Ya no soy U.S.A.17?

—No en estos momentos. Aunque quizá sea mejor que luego la sigamos denominando así. Bien, como le decía, usted es una persona de grandes

posibilidades para nosotros. Todo el mundo sabe de sus altos méritos como escritora y periodista, pero posiblemente no todo el mundo sabe que, además de pertenecer al Gabinete de Prensa de la Casa Blanca, realiza usted a veces pequeñas misiones de... relaciones secretas generalmente fuera de Estados Unidos. Esto le ha permitido conocer a muchas personas en diversos países. Personas que la tienen en gran estima y que confían en usted. Digamos que usted es un... una especie de cordón umbilical secreto entre la Casa Blanca y determinados personajes importantes de todo el mundo. ¿Cierto?

—Está usted muy bien enterado, de modo que sería absurdo negarlo. ¿Cómo se enteró?

—Esa es otra cuestión, que quizá le revele a su debido tiempo. Mientras tanto, le diré lo que esperamos de usted: que nos consiga las frecuencias magnéticas de toda esa serie de importantes personajes que usted ha llegado a conocer. Los irá visitando uno a uno, llevando oculto el Analizador, e irá tomando nota de todas las frecuencias. Para empezar, visitará usted al presidente de los Estados Unidos, por si resultase reelegido. Queremos saber qué frecuencia vital tiene el señor Carter.

—¿Para qué todo esto? —murmuró Carol Singleton, U.S.A. 17.

—Hemos estado haciendo todas estas pruebas con el Analizador y el «Gooddeath» para tener la seguridad de que funcionaba. Usted sabe que funciona. Podemos enviar a la muerte a cualquier persona sobre la que tengamos datos de su frecuencia vital y luego hacerlo volver para que nos explique sus experiencias, a lo que se negará nadie cuando sepa que si no lo hace podemos matarlo para siempre, a distancia, sin problema alguno. Una vez conozcamos las experiencias de cada persona colocada en estado de muerte, sabremos cuál es la calidad de su espíritu. Si es mala, volveremos a colocarlo en estado de muerte... a perpetuidad. Si es buena, lo dejaremos en el lugar que ocupe, pero ya siempre bajo nuestro control, para que nunca se desmande. De este modo eliminaremos personas malvadas o demoníacas de este mundo, y a las bondadosas las tendremos bajo nuestro control, con lo que, definitivamente, dirigiremos el mundo de modo que nos resulte satisfactorio. Esa es mi misión: decidir quién va a vivir y quién va a morir, y los que vivan actuarán bajo mi dirección. ¿Me ha entendido, U.S.A. 17?

—Por supuesto.

—¿Y está dispuesta a colaborar?

—Me gustaría saber qué voy a ganar yo en todo esto, Herr Doktor.

—¿Qué le gustaría ganar?

—No sé —sonrió U.S.A. 17—. Haga usted una oferta.

Wernergruber reflexionó unos segundos, y por fin miró de nuevo a la expectante U.S.A. 17.

—Junto al «Gooddeath» —dijo— hay un fichero electrónico en el que constan las frecuencias de todas las personas que estamos en la Morada Celestial, y de algunas relativamente importantes el exterior que hemos ido consiguiendo muy trabajosamente... Tan trabajosamente que por eso

pensamos en usted para facilitarnos la tarea de ir rellenando ese fichero. ¿Qué ganaría usted? Bueno, voy a contestarle con otra pregunta. ¿Le parecería poco poder disponer en ese fichero electrónico de las vidas de los más importantes personajes del mundo, como a nosotros, la pondría en una situación de privilegio total en todos los órdenes? Simplemente, usted formaría parte de nuestro grupo. ¿Qué ganaría con ello? ¡Todo lo que usted quisiera tener! ¿Le parece suficiente?

—Desde luego. Pero, Herr Doktor, hay un detalle que ustedes no parecen haber tenido en cuenta. El «Gooddeath» es un aparato demasiado grande y pesado, así que, suponiendo que ustedes quisieran matar temporalmente al...

— No digamos matar: digamos colocar en estado de muerte.

—De acuerdo. Supongamos que ustedes quisieran colocar en estado de muerte al presidente de los Estados Unidos, por ejemplo. Para conseguirlo, una vez conocida su frecuencia, deberían colocar el «Gooddeath» a menos de una milla de la Casa Blanca, ¿no es así? Es decir, de la Casa Blanca o de dondequiera que estuviese el presidente en determinado momento. ¡Y la verdad, no me parece un aparato fácil de llevar de un lado a otro sin llamar la atención!

—¿Qué cree usted que estamos haciendo nosotros ahora, después de haber inventado y perfeccionado el «Gooddeath»? —preguntó Stefanopoulos.,

—No tengo ni idea.

—Estamos trabajando en la fabricación del «Gooddeath» miniaturizado —sonrió secamente el griego—. En menos de seis meses esperamos haber fabricado un prototipo cuyo tamaño no sería mayor que el de una máquina de escribir portátil.

—¡Ah...! Eso simplifica las cosas, sin duda.

—Por supuesto. Podríamos llevarlo en un coche sin llamar la atención en absoluto.

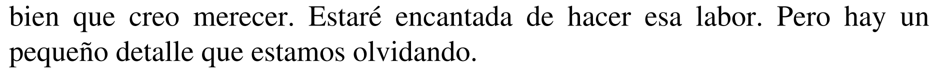
—Bueno, es evidente que lo tienen todo previsto, señores.

—Todo. Incluso la colaboración de otras personas como usted, bien introducidas en círculos de alto nivel. Pero usted será nuestro punto de partida: nos conseguirá las frecuencias de personas importantes, y, con esa amenaza sobre ellas, no tendrán más remedio que, a su vez, conseguirnos frecuencias de personajes de todo el mundo.

—Es un plan perfecto —susurró U.S.A. 17—. Me gusta. ¿Cuándo debo empezar a trabajar?

—Cuanto antes —saltó Wernergruber—. Mientras nosotros vamos trabajando en el «Gooddeath» miniaturizado usted irá ya consiguiendo frecuencias de personajes norteamericanos y extranjeros. Puede empezar en el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York, luego en la Casa Blanca, después en el Pentágono, quizá en la sede de la mismísima CIA, del FBI... ¡En todas partes a las que usted tenga acceso sin levantar sospechas!

—Muy bien. En lo que a mí respecta, me gustaría mucho conseguir ese control sobre determinadas personas que hasta ahora no me han tratado lo


bien que creo merecer. Estaré encantada de hacer esa labor. Pero hay un pequeño detalle que estamos olvidando.

—¿Cuál?

—Mi frente —se la tocó U.S.A. 17 con un dedo—. No puedo ir por ahí con esta sigla impresa. Y tengo entendido que no se puede borrar.

—¡Oh, sí! —Sonrió Wernergruber—. La de usted y algunos otros S.E.T. sí se puede borrar. ¡Es muy fácil para nosotros!

—Lo que no debe usted olvidar nunca —deslizó Stefanopoulos lentamente — es que nosotros tenemos su frecuencia vital.

—No tiene por qué amenazarme —protestó U.S.A.I7.

—Ya está bien, Stefanopoulos —la apoyó Wernergruber—. Ella ha aceptado, ¿no es así? ¡Pues ya es de nuestro reducido grupo de privilegiados...!

CAPITULO VIII

El reducido grupo se hallaba reunido en el dormitorio de U.S.A.17, escuchando las explicaciones de ésta. Ninguno decía nada, ni hacía preguntas. Lo reunidos, seleccionados cuidadosamente por U.S.A.17 con la inicial ayuda de U.S.A.12, EU-3 y EU-7, eran, además, de éstos, AFA-3, un negro atlético: AM-2, un argentino de burlona mirada y ojos negrísimos: y U.S.A.4, otro norteamericano de rubios cabellos y rostro adusto. Seis hombres y una mujer.

—¿Y qué propone usted? —preguntó por fin EU-3 cuando ella terminó la explicación.

—Indudablemente, están locos los tres. O eso, o son seres peligrosísimos en todo caso. No podemos permitir que se salgan con la suya.

El sudamericano AM-2 señaló la frente de U.S.A.17.

—¿Cómo podemos saber que no nos está engañando? Usted les ha dicho que aceptaba trabajar con ellos, y debe haberles convencido plenamente, pues han borrado la sigla de su frente.

—Las de ustedes seguramente podrán ser borradas también.

—¿De qué modo? —gruñó EU-7.

—Es muy simple. Tienen en el laboratorio una botellita con un líquido que parece jabón, y sólo hay que humedecer en él un pañuelo y pasarlo sobre la sigla: desaparece en seguida y sin molestia alguna. Bueno, en algunos casos, al menos. No sé si todos ustedes están en ese caso.

—En definitiva —murmuró U.S.A.4—, según usted, debemos apoderarnos principalmente del «Gooddeath» de tal modo que no pueda ser utilizado para eliminarnos a distancia a todos los que estamos en la Morada Celestial. Luego, todo será más fácil..., incluso lo de borrar nuestra sigla de la frente.

—Creo que el «Gooddeath» es el arma más peligrosa de que disponen —asintió U.S.A.I7.

—Aparte de los cocineros y camareros y servicios auxiliares, que están arriba —señaló hacia el techo EU 3—, hay seis hombres armados aquí abajo, naturalmente fieles a esos tres chiflados. Todos tienen como mínimo una pistola... y nosotros no tenemos nada.

—Podemos sorprenderles y arrebatarles las armas.

—Somos pocos para eso —rechazó U.S.A.4—, y la idea de recurrir a otros, especialmente a los malvados y demonios, no me seduce en absoluto. No me fío de ellos. Creo que son capaces de cualquier barbaridad si ven la posibilidad de vengarse de esos tres malditos desquiciados... Lo echarían todo a rodar.

—Y otra cosa —reflexionó EU-3—: no sabemos todavía cómo interrumpir el funcionamiento de ese cerco electrónico de muerte que rodea este lugar. Desde luego, no funciona con la energía eléctrica normal, y tengo la certeza de que no será fácil salvarlo. Deben tenerlo montado de tal modo que funcione pese a todo..., incluso posiblemente después de muertos ellos.

Tontos no son, ¿verdad?

—No —admitió de mala gana U.S.A. 17—, tontos no son, eso es seguro. Bueno, ¿y por qué salir de la casa una vez controlada ésta? Hay teléfono arriba, así que podemos llamar a alguien en nuestra ayuda, advirtiendo cómo están las cosas. Desmontarían el sistema electrónico tarde o temprano, ¿no?

—Esa es otra, el teléfono —dijo U.S.A.12—: me apuesto lo que quieran a que pueden bloquearlo fácilmente en cuanto se produzca la menor señal de alarma.

—Podría ser —admitió U.S.A.17—, pero si...

—Escuche, estamos en un pozo cuya única salida es la muerte —murmuró AFA-3—, o así lo parece. Vamos a suponer que conseguimos dominar a los hombres armados y, como consecuencia, ya armados nosotros, dominamos a los auxiliares de la cocina y demás. Muy bien: ¿significa esto que podríamos controlar el laboratorio? Esos tres están siempre encerrados allí dentro, y en cuanto se olieran algo seguro que lo cerrarían con tales sistemas de seguridad de que no podríamos llegar hasta ellos. Entonces, nos quedaríamos dueños del sótano y de la casa..., pero no podríamos salir de ésta, porque moriríamos... de una vez por todas en cuanto intentáramos cruzar el sistema electrónico. Así que permaneceríamos aquí dentro, al alcance del «Gooddeath», que ellos podrían manejar a su antojo dentro del inexpugnable laboratorio... Sólo tendrían que jugar con su aparatito programando las muertes de todos nosotros, y muy pronto no quedaríamos vivos ni uno solo. Recuerde que tienen nuestras frecuencias archivadas. Sólo tienen que mover un dedo y empezaríamos todos a morir. Y aún hay más: en mi opinión, los auxiliares también disponen de armas, aunque no las lleven cuando bajan aquí. Nosotros podríamos conseguir seis pistolas, quizá, pero ellos son siete u ocho... ¡Se armaría una auténtica batalla aquí dentro! Y siempre, nuestras vidas pendientes del «Gooddeath»!

La parrafada de AFA-3 no tenía desperdicio alguno, y a ella sobrevino un silencio hosco. Nadie encontró nada que oponer al negro.

—Bueno —murmuró U.S.A. 17—, Tal como ustedes ven las cosas, parece que no hay más solución que esperar que ellos me envíen fuera de aquí y confiar en que yo pueda arreglármelas para enviarles ayuda eficaz. ¿No es así?

—Podemos estudiar la situación durante un par de días —propuso EU-3—, y luego reunimos de nuevo aquí y tomar una decisión. ¿Qué les parece?

El asentimiento fue general. Todos los allí reunidos eran de los clasificados como Bondadosos, no tenían estigma alguno en su rostro salvo la sigla, que seguramente podría ser borrada en la mayoría de los casos. Aplazar la posibilidad de morir no le pareció mal a nadie.

—Por mí está bien —aceptó U.S.A. 17—. A fin de cuentas, soy quien menos riesgo está corriendo actualmente aquí dentro.... al menos, en ese aspecto, porque debo decirles que su... juego sexual no me gustó en absoluto.

—¿Juego sexual? —Alzó las cejas U.S.A.12—. ¿A qué se refiere?

—A lo de una placentera convivencia entre todos nosotros aquí dentro. Si

hay mujeres que la aceptan, me parece bien, pero creo que la decisión podría tomarse entre todos, ¿no creen? Y a mí nadie me consultó: simplemente se presentaron aquí un demonio y dos malvados y quisieron gozar con mi cuerpo... Parecen sorprendidos.

—¿Sorprendidos? —bufó EU-7—. ¡No sabemos de qué está hablando! Al menos, no lo sé yo.

—De modo —rió U.S.A.12— que vinieron aquí tres tipos listos para divertirse con usted... ¡Pues le tomaron el pelo, preciosa! Vamos, que quisieron engañarla para darse en buen atracón de carne fresca bonita.

—Si nos dice quiénes fueron —gruñó AFA-3— les daremos una buena lección.

—No. no —rechazó U.S.A.17, estremeciéndose—. Además, no podría reconocerlos entre otros demonios o malvados. Bueno, no llegó a ocurrir nada definitivamente desagradable, así que vamos a olvidarlo... Será mejor que se marchen todos ya.

—Es la hora de la cena —dijo EU-3—. ¿No viene usted?

—Ah, sí... Bueno, espero que no ocurra nada que una vez más me quite el apetito...

* * *

Durante la cena, y en contra de lo que había dicho, U.S.A.17 consiguió identificar al demonio y los dos malvados que habían querido utilizarla sexualmente engañándola pero decidió no complicar las cosas. Ya estaban bastante complicadas. Por su parte, los dos malvados, que estaban juntos en una mesa, y el demonio, que ocupaba otra algo más alejada, evitaron mirarla en todo momento, y finalmente, incluso dejaron de comer, y quedaron inmóviles, caída la cabeza sobre el pecho, como rumiando su situación.

Finalmente, U.S.A.17, que de cuando en cuando los miraba como miraba a otros S.E.T., frunció el ceño, fija su mirada en el demonio. Se puso en pie y se acercó lentamente. En la mesa del demonio había otro más, un malvado y un bondadoso, que la miraron interrogantes. U.S.A.17 tocó suavemente en un lado de la cabeza del demonio y en el acto éste se ladeó y cayó al suelo, inerte, sin reaccionar en modo alguno. U.S.A.17 respingó, y enseguida miró hacia los dos malvados que habían acompañado al demonio en su excursión sexual. Fue rápidamente hacia ellos y, ahora sosteniéndolos, les tocó en un lado del cuello.

El silencio completo se había hecho en el comedor. Antes se oía algún rumor de voces. Pero ahora no se oyó ni siquiera el ruido de los cubiertos. Todas las miradas estaban fijas en U.S.A17, que murmuró:

—Están muertos.

Nadie dijo nada. El silencio no podía ser más hostil, como palpable. De pronto, uno de los demonios continuó cenando como si tal cosa. Un repeluzno estremeció el cuerpo de U.S.A.17. Tuvo la sensación de que llegaban a su

mente un tropel de pensamientos ajenos, de pensamientos de todos los S.E.T. allí reunidos. Un pensamiento claro y concreto, único: un pensamiento de odio hacia quienes podían matarlos, incluso para siempre, en cualquier momento.

Vivir así no era vivir.

No era vivir, ni era estar muerto. No estaban ni muertos ni vivos.

Lo que convertía a los S.E.T. en los más macabros seres del mundo. O del universo entero.

Incluida ella misma.

Es decir, que otra vez había perdido el apetito.

Salió del comedor y poco después entraba en su dormitorio. Ni siquiera hacía cinco minutos que estaba allí cuando sonó la llamada a la puerta, y acto seguido ésta se abrió y aparecieron Kramer y Dinger.

—Venga —dijo el primero—. La están esperando.

—¿En el laboratorio? —se irguió U.S.A.17.

—Claro.

Un minuto más tarde, la puerta del laboratorio se cerraba tras ella. Kramer Y Dinger quedaron fuera. Del fondo del laboratorio se acercaba Wernergruber, sonriendo.

—Va a ser un poco molesto para usted —dijo—, pero me ha parecido que en el fondo se alegraría, querida.

—¿A qué se refiere?

—Esta noche dormirá usted en su casa. Llegará un poco tarde allá, pero me imagino que le complace.

—A decir verdad, sí. ¿Entiendo que puedo irme?

—Bueno, no así, de este modo... Entiendo que dispone pone usted de sitio para un invitado.

U.S.A.17 ladeó la cabeza, contemplando especulativamente al cabezudo personaje.

—En efecto. ¿Sabe usted que estoy esperando un invitado?

—¿Espera algún invitado? —se sorprendió Wernergruber.

A su vez, U.S.A.17 se sorprendió.

—Ha sido usted quien ha hablado de un invitado mío, ¿no?

—¡Ah, sí! —Rió Wernergruber—. ¡Pero me refería a mí mismo! ¡Voy a tener el placer de acompañarla! Espero que no le cause trastornos tenerme en su apartamento.

U.S.A.17 pensó en la sensación que iba a causar regresando a su domicilio acompañada de tan extraordinario sujeto, pero negó con la cabeza, procurando sonreír.

—¿No se fía de mí, y por eso quiere tenerme cerca? —preguntó como divertida.

—Oh, bueno, no se trata de...

—Algo hay de eso —dijo Stefanopoulos, acercándose acompañado de Deguillaume desde el fondo del laboratorio—. Hemos decidido actuar cuanto

antes, pero queremos estar seguros de que usted se comportará... adecuadamente. De todos modos —esbozó una sonrisa irónica el griego—, esto es más un capricho personal de Markus que otra cosa.

—¿Capricho personal?

—El quiere estar con usted, aunque sólo sea unos días..., y fuera de aquí. Ya le dijimos que se había enamorado. Presiento que está... pensando en algo parecido a una luna de miel, por supuesto en un ambiente más agradable que el de la Morada Celestial.

—Todos necesitamos unas cortas vacaciones de cuando en cuando, ¿no le parece? —sonrió Wernergruber.

—Sí... Claro —musitó ella—. Pero en nuestro trato no se habló en ningún momento de que tendríamos... relaciones sexuales. Herr Doktor.

—Es mejor que lo acepte de este modo —rió Deguillaume.

—¿De qué modo? ¿Acaso podría haber otro?

—Al parecer, usted ignora que si Markus lo desea puede tenerla en estado de muerte durante algunos minutos..., digamos los suficientes para satisfacer sus deseos con usted. ¿Lo preferiría así?

U.S.A.17 palideció y retrocedió un paso. La idea pareció golpear en su mente: ella muerta, y Wernergruber...

—Oh, vamos, era una broma nada más —rió Deguillaume—. ¿Verdad que era una broma, Stefanopoulos?

—Sí —sonrió sádicamente el griego—. Una broma, claro.

—Bueno, bueno —movió las manos Wernergruber—, no perdamos más tiempo. Me gustaría llegar a Nueva York antes de la una de la madrugada. Mientras Kramer y Dinger colocan las cadenas a las ruedas del coche, recoja usted las cosas, y yo también me...

—Me falta mi maletín de viaje —murmuró U.S.A.17.

—Oh, ése lo llevaré yo con mis cosas, no se preocupe. ¿Tendrá suficiente con quince minutos?

—Me sobran diez —aseguró ella.

—Es usted una mujer dinámica. De acuerdo, en cuanto yo esté listo pasaré a buscarla, y saldremos de aquí.

—Está bien.

Entre una cosa y otra transcurrieron más de los quince minutos puestos como plazo. Finalmente, desde el vestíbulo de la casa, U.S.A.17 y Wernergruber pasaron al garaje por la puerta de comunicación interior. Dinger y Kramer habían bajado para ayudarlos a subir sus maletas, pues la colocación de las cadenas en las ruedas del coche había sido mucho más simple de lo que Wernergruber había pensado; se habían limitado a utilizar un aerosol especial, lo que les llevó apenas unos segundos.

Dinger pasó al volante después de que Kramer hubo colocado en el portamaletas las de U.S.A.17 y Wernergruber, así como el maletín de ella. Lo sensato, pensaba U.S.A.17, era alejarse de allí cuanto antes, ponerse fuera del alcance del «Gooddeath», aunque fuese dormida, ya que pensaba que Kramer

volvería a darle una de las rosadas tabletas de forma oblonga para que permaneciese dormida durante tres horas...

Pero se equivocó.

Se equivocó completamente.

Cualquier idea que U.S.A.17 hubiera tenido para ponerla en práctica una vez fuera del alcance del «Gooddeath» quedó anulada por lo inesperado de la reacción de Kramer y Dinger. En realidad, a partir de aquel momento todo cuanto sucedió estuvo fuera del control de cualquiera, pues cada proyecto de unos fue inmediatamente desbaratado por otros...

La primera sorpresa provino de Kramer, que, ya sentado junto a Dinger en la parte delantera del coche, todavía éste a motor parado y dentro del garaje cerrado, se volvió hacia el asiento posterior y tendió a Wernergruber un pequeño objeto.

—Para usted, Herr Doktor —dijo.

—¿Qué es? —se sorprendió Wernergruber.

—Es un magnetófono que nos han dado sus colegas, para que se lo entregásemos a usted. Tiene un mensaje grabado que debe usted oír.

—¿Ahora? —se pasmó Wernergruber.

—Esas son nuestras instrucciones. Herr Doktor.

Este miró a U.S.A.17 y encogió los hombros. Asió el pequeño magnetófono, y lo puso en marcha. En seguida se oyó la voz de Stefanopoulos:

—Querido Markus, vas a perdonarnos, pero no podemos continuar contigo en este asunto tan importante. Como bien sabes, nosotros tres somos científicos, y hay cosas en las que nunca pensamos. Uno de esas cosas es ese absurdo sentimiento hacia U.S.A.17 que vamos a consentir en llamar amor. ¡Es una cosa tan idiota...! Podríamos haberte perdonado o tolerado cualquier cosa menos ésta. No podemos arriesgarnos a que un hombre de tu valía cerebral caiga en esa sinrazón del... amor, del enamoramiento. A poco que U.S.A.17 se lo propusiera comenzarías a hacer tonterías, y nosotros, al contrario que tú, no acabamos de confiar en ella. Consideramos, con vistas al proyecto que hemos elaborado entre los tres, que tú y ella debéis morir. Dentro de muy poco estaréis en estado de muerte, que prolongaremos hasta que sea definitiva. Kramer y Dinger nos bajarán vuestros cadáveres inmediatamente, para ser incinerados, como todos los demás. Lo sentimos de veras, querido Markus, pero estamos seguros de que te haces cargo. Adiós.

—Adiós, Markus —se oyó la voz de Deguillaume, con tono pesaroso—. De verdad que lo sentimos mucho.

Wernergruber estaba petrificado. Parecía un extraño muñeco sosteniendo el magnetófono a pilas. De pronto, éste escapó de su mano y cayó entre sus pies. La cabeza de Wernergruber se inclinó hacia delante y arrastró, con su enorme tamaño, el peso del escuálido cuerpo, que se deslizó grotescamente entre el asiento y el respaldo del delantero. U.S.A.17 no tuvo tiempo de reaccionar apenas: la programación del «Gooddeath» prosiguió implacable, y

los ojos de la bella periodista se cerraron. Pero ella no cayó hacia delante, sino que quedó cómodamente sentada, con la cabeza caída hacia el borde superior del respaldo del asiento.

—Bueno —dijo Kramer—, parece que han muerto los dos. Vamos a bajarlos.

Salieron del coche y sacaron en primer lugar a Wernergruber, cuyo cuerpecillo parecía de goma blanda.

—Caramba —dijo Dinger—, tan poca cosa que es y hay que ver lo que pesa en estado de muerte... Será mejor que lo bajemos entre los dos y subamos luego a por la chica.

—De acuerdo.

Cargando con el cuerpo de Wernergruber entraron en el vestíbulo de la casa, y de allí iniciaron el descenso hacia el pequeño vestíbulo donde debía haber dos compañeros suyos vigilando... Pero no estaban vigilando. Se dieron cuenta cuando llegaban abajo. Los vieron sentados, pero, de pronto. Dinger reparó en la mancha de sangre que uno de sus compañeros tenía en un lado del cuello.

—¡Hey, Kramer, mira lo que...! —empezó a exclamar.

La puerta se abrió y aparecieron algunos bondadosos. Dos de ellos, concretamente U.S.A.I2 y EU-7 tenían en la mano las pistolas que debían haber estado en poder de los compañeros de Dinger y Kramer. Estos no tuvieron tiempo de nada. Oyeron los estampidos de los disparos, notaron los impactos en el pecho, experimentaron aquella terrible violencia física de morir, y, soltando a Wernergruber cayeron con éste rodando el resto de los escalones.

Wernergruber que estaba flotando en una región oscura y fría llena de sensaciones de pavor y de infelicidad, cayó de tal modo que se rompió el cuello, pasando de este modo a la muerte definitiva en un instante. Entonces, aquella región en la que estaba todavía se tornó más oscura y fría, y todo su ser comenzó a experimentar atroces sufrimientos que no sabía de dónde le llegaban...

Arriba, cómodamente sentada en el asiento del coche, estaba el cuerpo de U.S.A.17.

Sólo el cuerpo. La esencia de ella se había desligado de la materia hacía segundos, desde el mismo momento en que fue colocada en estado de muerte, y ahora volaba dulcemente en un espacio donde la luz era multicolor. Llena de asombro angelical, el ser fluídico de U.S.A.17 se sumergió en aquella luz policromada como si formase parte de ella. Era una luz que contenía todos los colores que se pudieran imaginar y maravillada, comprendió de pronto que estaba siendo absorbida por un inmenso arco iris universal cuya belleza no podía ser ni siquiera imaginada por nadie que no estuviese ya formando parte de él. Era como convertirse en luz, en luces de todos los colores. Y cada color, cada destello, era como un baño de felicidad jamás sentida hasta entonces. Había tantos colores, la mayoría de ellos desconocidos, que era

imposible sustraerse a aquella fascinación que era, al mismo tiempo, diversión y alegría, amor y risa. El gozo experimentado estaba fuera de toda descripción. Era un gozo único producido por el hecho de formar parte de todas las luces del universo...

Y de pronto, U.S.A. 17 abrió los ojos, en los que se reflejó todo el grandioso desconsuelo que le producía abandonar aquel estado lumínico policromado. Había sentido la tremenda succión, había experimentado el dolor físico del impacto al regresar a la carne de su cuerpo allí yacente. ¡Había dejado de formar parte del arco iris universal para regresar a aquel lugar horrible lleno de fuego...!

Lleno de fuego.

Estaba dentro del coche todavía. No había nadie más allí. En un instante lo recordó todo. Por las ventanillas del coche veía danzar las llamas fuera de éste. No comprendía nada. Estaba rodeada de llamas, y no comprendía nada. Se movió. Sí, estaba otra vez en el planeta azul, en aquel estado que se llamaba vida. Pero no sabía qué ocurría, ni qué debía hacer. A su alrededor sólo había llamas, llamas interminables por todas partes.

Vio una llama moviéndose, desplazándose. Era absurdo, pero lo vio con sus propios ojos: ¡una llama desplazándose, como si fuese algo independiente, como si no formase parte del terrible incendio que lo estaba devorando todo!

La portezuela delantera del coche se abrió y la llama entró en el vehículo.

—¡Soy U.S.A. 12! —Gritó la llama—. ¡Hemos sostenido una lucha espantosa abajo y todo está ardiendo, ha habido un cortocircuito que ha afectado a todo...!

U.S.A.17 contemplaba aterrada aquella llamarada que había entrado en el coche, y que le estaba hablando. Había en su mente una lejana noción de que aquello era un cuerpo humano, un hombre ardiendo por los cuatro costados, pero que todavía había tenido fuerzas para llegar hasta allí, y gritar... ¡Todavía quería salir del infierno de fuego y muerte en que se había convertido la Morada Celestial!

Mas, de pronto, U.S.A.12 dejó de hablar y pareció desparramarse por el asiento delantero. Todo crujía alrededor del vehículo, las llamaradas crecían y crecían, salía humo denso de todas partes... Dentro del coche, el cuerpo de U.S.A.I2 continuaba ardiendo. El olor a carne quemada lo inundó todo de pronto, y U.S.A.17 lanzó una exclamación dé horror. Salió del coche, asió los pies de U.S.A.12 y tiró de ellos, sacando aquella llama del vehículo. Apagó a manotazos los diminutos puntos de fuego que habíanse iniciado en el asiento, se sentó y vio las llaves colocadas en el contacto. Puso en marcha el motor y miró la cerrada puerta del garaje. El calor era sencillamente insoportable. Supo que si se quedaba allí sólo cinco segundos más se iba a desvanecer, y acto seguido las llamas la devorarían...

Apretó el pedal del gas, y el coche automático saltó directo hacia la puerta del garaje, que reventó estrepitosamente, fue perforada por aquel proyectil de más de mil quinientos kilogramos, que pareció volar unos metros y luego se

deslizó otros cinco o seis sobre la nieve, de impoluta blancura minutos antes, y ahora de tonalidad roja, como si se hubiese convertido en una enorme brasa sin fin que lo cubría todo. Parecía como si encima del coche hubiese una gigantesca sombrilla de fuego.

El vehículo patinó sobre la nieve pese a las artificiales cadenas de plástico pulverizado, se detuvo, arrancó chorros de nieve bajo sus ruedas, y siguió adelante. La información llegó como un impacto a la mente de U.S.A.17: ¡el cerco electrónico!

Sin vacilar ni un instante abrió la portezuela y se lanzó fuera del coche, que siguió adelante, deslizándose en zigzag. U.S.A.17 rodó sobre la nieve y quedó de bruces, medio hundida observando el deslizamiento del coche, que parecía rojo, como todo cuanto alcanzaba la vista. Lo vio seguir como a trompicones, a trechos deprisa, a trechos cono si fuese a detenerse... Pero no se detuvo hasta que llegó a la línea de abetos y se estrelló de lado contra uno de ellos. ¡Había traspasado el cerco electrónico sin que se hubiera producido contacto o reacción de ninguna clase!

U.S.A.17 volvió la cabeza hacia la casa, cada vez más envuelta en llamas, y lo comprendió todo: ya nada funcionaba allí dentro..., salvo el fuego producido por toda una serie de cortocircuitos, uno de los cuales había sido providencial para ella, al interrumpir el funcionamiento del «Gooddeath» e impedir por tanto que éste continuara interfiriendo la emisión de su frecuencia vital...

U.S.A.17 se puso en pie y corrió como pudo sobre la nieve, alejándose de aquel infierno y acercándose al coche. Cuando se detuvo junto a éste, el motor seguía funcionando, pero el vehículo había quedado empotrado de tal modo y en tal posición que no pudo separarlo del abeto. Volvió a salir del coche y se quedó mirando el incendio, cuyas proporciones eran ya gigantescas. Tanto, que comprendió que no tardarían mucho en aparecer por allí los bomberos de la población más cercana, o los miembros de la Guardia Forestal, o quizá motoristas de la Patrulla de Caminos, ¡incluso podían enviar un helicóptero a ver qué ocurría! Así que sólo tenía que esperar.

Esperar mientras en aquel fuego se iba consumiendo todo, absolutamente todo cuanto había formado parte de la Morada Celestial. Se le ocurrió la idea de que en todo momento, y especialmente en aquellos instantes, debía haberse llamado la Morada Infernal. Comenzó a recordar cosas y se estremeció... No. no tenía que pensar en lo sucedido. ¡No quería pensar en ello! Comenzó a penar en él... Sí, esto era lo mejor para bloquear su mente respecto a otros pensamientos. Tenía que pensar en él, eso era todo.

En él, en Virgil Cravens, el hombre al que había ido a buscar a Europa por encargo del presidente, que quería presentarle sus disculpas. ¡Disculpas el presidente de los Estados

Unidos de América! Pero así eran las cosas. Se habían equivocado con Virgil Cravens, lo habían expulsado de su puesto de consejero privado en cuestiones de espionaje considerando que había cometido actos rayanos en la

traición al aconsejar de determinado modo al presidente. Ahora, las predicciones de Virgil Cravens se habían cumplido y la habían enviado a ella para rogarle que aceptase volver. Nunca lo había visto antes, no lo conocía de nada. Pero aceptó el encargo, como había aceptado otros. Y en cuanto vio a Virgil... ¡Oh, en cuanto lo vio se enamoró de él, y...!

De pronto, procedentes del incendio, vio llegar aquellas formas oscuras que destacaban en el fuego, corriendo. No... no corrían. Parecían flotar. Se acercaban flotando hacia ella. Se desplazaban con toda facilidad por encima de la nieve. No tocaban la nieve: flotaban.

En un instante estuvieron ante ella y en seguida la rodearon. Eran... como grandes llamas de velas, pero de color negro. Se movían, se agitaban... Carol Singleton se llevó las manos a las sienes cuando comenzó a percibir aquellos mensajes de horrendo sufrimiento.

—No —jadeó—. ¡No, no, no...!

Las negras sombras flotantes se acercaron más a ella. Le pareció que docenas de manos la tocaban, le pareció oír docenas de voces implorantes. Sintió que se erizaban sus cabellos.

Los mensajes de dolor le taladraban las sienes, estallaban dentro de su cabeza. Miles, millones de manos la estaban tocando. Olía alientos jadeantes junto a su rostro. Y llegaron otros mensajes. Supo que dentro de la casa, y abajo, en la Morada Celestial, quedaban seres todavía con alientos de vida. Pero no estaban muertos. No estaban ni muertos ni vivos: estaban muriendo. Y mientras sus cuerpos morían, sus fluidos torturados acudían en busca de ayuda. Le estaban pidiendo ayuda...

—¡No puedo! —gritó—. ¡No puedo hacer nada por vosotros, no puedo hacer nada!

Los gemidos aumentaron de tono. Había alrededor de U.S.A.17 sensaciones de dolor, de llanto, de terror. Flotaban súplicas en torno a ella. Ah, no querían que los salvase, no... ¡Querían que les ayudase a terminar de morir, porque sus cuerpos sepultados estaban sufriendo mucho, mucho, mucho...! De pronto, algunas de las llamas negras desaparecieron. Como si nunca hubieran estado allí. De las demás llamas brotaron gemidos lastimeros en tal cantidad y tono que U.S.A.17 se tapó los oídos. Presentía un espacio negro y lejano que iba succionando a aquellos seres que la tocaban, que gemían, que imploraban. No un espacio luminoso, sino negro, negro, negro... ¡Era horrible! ¿No existía entonces, ningún lugar dorado, ningún lugar donde las estrellas emitían música, ningún lugar donde luciese siempre un arco iris de belleza sin par que absorbía los seres fluídicos...? ¿Había estado todo el tiempo en estado de hipnosis?

¿Continuaba la hipnosis ahora, no era cierto que alrededor de ella estuviesen flotando seres incorpóreos de tonalidad negra que eran absorbidos hacia una negrura infinita no vista por ella pero fácilmente presentida?

Seguían llegando los mensajes de dolor y de súplica, de terror, de angustia... Seguían danzando docenas de fantasmas negros a su alrededor.

Carol Singleton, U.S.A.17, se llevó de nuevo las manos a las sienes, emitió un alarido y se desplomó.

Ni siquiera oyó cuando llegó el helicóptero.

ESTE ES EL FINAL

Sentía un placer tan grande que, remotamente, pensó que se iba a desvanecer. Oh, pero no podía distraerse ahora, tenía que concentrarse en aquel placer grandioso que estaba empapando todo su cuerpo...

Hundió los dedos en la espalda de él, casi clavó sus uñas en los fuertes músculos cuando, finalmente, el placer estalló en una enorme oleada que inundó todo su cuerpo. Supo que él también había alcanzado el clímax, y en seguida sintió cómo su cuerpo de atleta se relajaba sobre ella, todavía unidos del modo más íntimo en que pueden unirse un hombre y una mujer. Oía la respiración acompasada de él junto a su oído.

Sonrió.

—Virgil —murmuró.

El se alzó sobre los brazos solamente, y la miró a los ojos, interrogante.

—Te amo —dijo Carol.

El bajó la cabeza para besarla en los labios.

—¿Estás bien? —susurró.

—¡Claro que estoy bien! ¡Vaya pregunta!

Virgil Cravens se apartó de ella, se tendió a su lado, y se quedó mirando su cuerpo desnudo. Le acarició suavemente un seno.

—Ya sabes a qué me refiero —susurró—. Dentro de dos días me esperan en Washington, pero si todavía no estás bien, si todavía sigues teniendo ideas extrañas, me quedaré. Que sigan esperándome.

—¿Qué quieres decir con eso de ideas extrañas?

—Bueno, todo eso de... otros lugares donde se está tan bien: lugares llenos de luz sin sol, la música de las estrellas, el arco iris de belleza indescriptible... Hace dos semanas que todo aquello ocurrió, y una que estoy contigo. Me gustaría ir a Washington sabiendo que te dejo en perfectas condiciones, para estar seguro de que te reunirás allí conmigo en breve... y de modo definitivo.

—Todo está bien —aseguró ella—. Y todavía estará mejor si aprovechamos debidamente estos dos días. Se estaba muy bien allí, mi amor, pero... puedo esperar. A decir verdad, no tengo queja de lo que disfruto aquí... contigo. ¿Estás... cansado?

Virgil Cravens negó con la cabeza. Ella lo atrajo de nuevo para sentirlo plenamente. Y cuando él la complació plenamente pensó una vez más que valía la pena esperar, que también tenía sus compensaciones el estado... de vida.

FIN